

LUIS MARTÍNEZ COLLANTES

LAS DOS DEMOCRACIAS

**CONFERENCIAS DADAS EN EL CÍRCULO CATÓLICO
DE ASTORGA**

AÑO 1925

SANTANDER

TALLERES TIPOGRÁFICOS J. MARTÍNEZ

CALLE DE LA CONCORDIA, NÚM. 11

1925



DG

A

+ 170841

CB. 1221703

Nihil obstat
Censor.
DR. FRANCISCUS PAJARES
Penitentiarius.

Imprimatur
DR. JOSEPHUS M.^a GOY.
Vicarius Generalis.
Santanderii 30 Maii 1925.

Revisado por la censura militar.

LUIS MARTÍNEZ COLLANTES

LAS DOS DEMOCRACIAS

**CONFERENCIAS DADAS EN EL CÍRCULO CATÓLICO
DE ASTORGA**

AÑO 1925

SANTANDER
TALLERES TIPOGRÁFICOS J. MARTÍNEZ
CALLE DE LA CONCORDIA, NÚM. 11
1925

LUIS MARTINEZ COLLAJES

LAS DOS DEMOCRACIAS

CONFERENCIAS DADAS EN EL CIRCULO BASTIEN
DE AYERBA

AÑO 1926



R. 136051

AL EMMO. SR. CARDENAL D. ENRIQUE REIG CASANOVA

Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, Director general de la Acción social católica.

Si siempre me consideraría obligado a dedicaros estas conferencias, doblemente he de estarlo tratándose de asuntos sociales que con tanto acierto y por disposición expresa de Su Santidad Pío XI dirige en España Vuestra Eminencia.

Dignaos, Eminentísimo Señor, aceptar esta pobre ofrenda mía, no viendo en ella mérito alguno, sino la buena voluntad del más entusiasta Demócrata cristiano y en prueba de filial respeto y sumisión más rendida a las normas y enseñanzas de Vuestra Eminencia.

EL AUTOR.

Muy ilustre Sr. D. José Blanco

Canónigo Doctoral

ZARAGOZA

Mi respetable y querido amigo: Siempre pensé, V. lo sabe, que era de necesidad la formación de un partido social católico; siempre pensé que no todos, ni mucho menos, los que se alistan en el socialismo son socialistas, y que la falta de un fuerte partido social católico, désele otro nombre si mejor parece, empuja a los obreros a la democracia social; pero siempre creí también que esto en España era más que difícil imposible. ¡Fracasaron en la empresa tantos hombres ilustres y prestigiosos! Por ello me abstuve siempre de salir de mi retiro, pero insistentes requerimientos de amigos y correligionarios me hacen al fin trabajar, y allá voy sin optimismos, aunque no ignoro que es preciso el optimismo para vencer; y obedeciendo llamadas repetidas, voces autorizadas y requerimientos, que por venir de donde vienen son para mí órdenes, me decido a aportar mi grano de arena, a dar un toque de llamada, a dirigir una invitación a los que pueden y deben tomar la dirección y a los que no deben ni pueden cruzarse de brazos ante el cataclismo.

Dios, que vé los corazones y V. que también conoce el mío, saben que el dar estas conferencias y el avenirme a su publicación no envuelve vanidad, y ¿cómo puede haberla cuando sinceramente declaro que este trabajo me lo han dado hecho León XIII, Guisasaola, Cathrein, Llovera, Toniolo, Rutten, Chillida y otros cuyos nombres cito en el texto?

Temí a la crítica y me sonrojaba el aplauso, pero recuerdo las palabras de V. que tanto me han animado: «La crítica y el aplauso poco importan cuando se está seguro de tener razón y cuando no se busca el encumbramiento, sino el cumplimiento del deber».

Cumplido, pues, mi deber, rendido el tributo de obediencia y de amistad que a los que tengo por mis superiores y a mis amigos debía, me retiro dejando esparcida la semilla. ¿Fructificará? El terreno tiene tanta maleza que mucho me temo que entre ella queden envueltos sin germinar los granos del pobre trigo de mi predicación.

A sus oraciones se encomienda su affmo. S. S. y entrañable amigo,

Luis Martínez Collantes.

Madrid, Mayo 1925.

Sr. D. Luis Martínez Collantes

MADRID

Mi querido y buen amigo: Al fin veo que se ha decidido V. a salir de su silencio y dar un paso público en la cuestión social; y digo público, porque privadamente ya sé cómo opina V.; ya de antiguo conozco que a juicio suyo debe formarse un gran partido social católico.

Dejando aparte la cuestión de nombres, no es V. solo el que cree que se precisa una labor de conjunto, pero ¿me perdonará V. que le sea sincero? Si todos hacen lo que V. esa labor de conjunto no se realizará nunca, porque si por unas u otras causas o por unos u otros juicios todos se abstienen, ¿quién se decidirá a tomar la dirección?

Mejor que decir «si todos hacen lo que V.» debiera de decir, haciendo todos lo que hasta ahora V. ha hecho, pues ya veo que por fin, despreciando la crítica y el elogio que tanto le preocupan, se ha lanzado a dar este paso.

No le importe la crítica le repito una vez más, no le importe el aplauso, eso no debe preocupar a quien está persuadido de tener razón, eso no merece comentario.

Lo interesante es estar convencido y tener razón y yo sé que V. cuenta con ambas cosas. No debe, pues, detenerse ante la crítica ni ante el aplauso, al contrario, debe dirigir todos sus esfuerzos a defender su ideal.

Parece, sin embargo, que dado el paso se retira V.; confío que no sea así afortunadamente, y no por su voluntad, sino porque no le será posible. Son legión los hombres que piensan como V., y yo imagino que saldrán de su pasividad.

Hubiera deseado alargar esta contestación, hacerla a especie de prólogo, pero la urgencia con que me pide la respuesta a su carta, me impide mayor extensión.

Yo confío que me dará V. ocasión para que otra vez le dedique ese prólogo, que valdría poco, pero que yo sé que V. estimaría mucho.

Que Dios le acompañe y le bendiga pide muy de veras en sus oraciones su buen amigo que le quiere,

José Blanco.

Zaragoza, Mayo 1925.

PRIMERA CONFERENCIA

MATERIALISMO Y ESPIRITUALISMO

Excmo. y Rdmo. Señor, señoras, señores:

Vivimos en una época que han dado en llamar de revisión de valores; vivimos en un momento de la historia en el que a todas las ideas, a todas las escuelas y a todas las doctrinas, se las somete al escarpelo de la disección más despiadada; nos ha correspondido vivir en un siglo en el que es tal la conmoción, que podríamos decir que la piqueta materialista amenaza con destruir los más caros ideales, y con no dejar piedra sobre piedra de los más sólidos edificios filosóficos, y siendo así, no parece que constituya en nosotros atrevimiento entrar a tomar parte, siquiera sea modestamente, en aquel estudio y en aquella revisión, acaso mejor denominada, confusión de valores.

Atrevimiento, sin embargo, hay por mi parte, y no pequeño, pues si se tiene en cuenta que es costumbre, y es natural que así sea, que estas conferencias sean dadas por hombres doctos y elocuentes, y que yo carezco de sabiduría y de elocuencia, salta a la vista lo atrevido de mi propósito, y éste lo es tanto más cuanto que el tema escogido para estas conferencias requiere ingenio, talento, espíritu observador y palabra más persuasiva; pero, señores, ni sabios ni elocuentes, en el sentido materialista de la frase, fueron aquellos pobres pescadores que se repartieron por las diferentes partes del mundo para predicar una doctrina tan nueva como extraordinaria; y yo os he de decir, con la sinceridad que es norma de todos los actos de mi vida, y con la libertad de que debe

disfrutar el orador que predica contra las pasiones y fustiga los vicios, aunque al expresarme en estos términos me juzguéis como un adversario del siglo, que vivimos en tiempos de paganismo, que reclaman, que exigen, sin dudas ni vacilaciones, sin respetos ni temores, una obra de apostolado que eleve el nivel espiritual de los pueblos en bien de la Religión, de la Patria y de la sociedad, amenazada, infiltrada, diríamos mejor, de un materialismo grosero, mil veces peor que el paganismo romano; y como este materialismo, que cual planta silvestre crece y se propaga con exuberancia, lo ahoga todo y todo lo corrompe y no nos deja ver alteza de miras en ninguna acción ni en ninguna empresa, no puede estorbar decir que al tomar parte en este apostolado, no ignoramos que es poco menos que nula nuestra ciencia y pobre nuestra oratoria, que nuestro esfuerzo es insignificante, pero queremos hacer constar que es completa y absolutamente desinteresado, sin que nos mueva otro fin que el de asistir a lo que creemos una necesidad de los tiempos en que vivimos.

Yo, que conozco vuestra cultura, sé que al hacer esta confesión no me habéis de tachar de romántico, de Quijote ni de iluso; pero si fuera de aquí mereciera de alguien este juicio, poco importa, pues a otro fallo más elevado y divino someto mis actos, y ese es el que me importa y el que podría detenerme en el camino emprendido. Vamos a adoptar como tema de nuestras conferencias el de *Materialismo y espiritualismo*, y vamos a dividir nuestro trabajo en cuatro conferencias; en la primera, que podríamos denominar «materialismo triunfante y espiritualismo decadente», estudiaremos el estado de la sociedad actual; en la segunda, «La escuela socialista con su materialismo histórico y la teoría del «plus valor»; en la tercera, «La acción social católica sin olvidar la Democracia cristiana», y la cuarta y última, por fin, que será un resumen de toda la labor para ver después a cuál de los dos grandes bandos, de los dos colosales ejércitos, debemos unirnos, porque lo que no es razonable, lógico ni conveniente es permanecer neutrales ni inactivos ante un problema que preocupa con tan enorme interés a los hombres más sabios y a todos los intelectuales.

Lamento sólo no poder corresponder a vuestra expectación con el notable discurso que de mí esperáis, y por eso estimo en todo cuanto vale vuestro sacrificio, al que corresponderé con lo

único que en mí es dable, la brevedad, por aquello de que «de lo malo poco».

En los brazos, pues, de vuestra bondad me acojo, Rdmo. Señor, pidiéndoos a todos una especial benevolencia, en vuestra hidalguía confío, que ella fué acaso la que me obligó a venir a esta bendita tierra de héroes y de mártires, de leales y de caballeros. Empecemos.

Conviene, al fin que nos proponemos en esta primera conferencia, y aunque ligeramente, pues el tiempo que hemos de invertir en ella otra cosa no permite, que hagamos un estudio del hombre en sus manifestaciones de intelectualidad, actividad y autoridad, si bien sea este último el más interesante al tema de que nos vamos a ocupar hoy.

Vamos a examinar la obra del hombre valiéndonos de los materiales que nos proporciona la historia de la filosofía, y en lo que respecta a su autoridad lo vamos a reducir a nuestro suelo, a nuestra patria.

Abramos el libro de la filosofía, de las evoluciones del espíritu humano en su parte más activa, más agitada, más libre, el libro de la ciencia de las ideas y nos encontraremos en su primera hoja con la filosofía de la India, con sus libros sagrados llamados Vedas y con su Dios Brahma, substancia única, fuera de la cual nada existe, que toma los nombres de Vichnu y Siva; Brahma, en cuanto crea; Vichnu, en cuanto conserva y Siva en cuanto destruye y renueva las formas de la materia, formando así una especie de trinidad; la filosofía de la China con sus tres escuelas principales: la panteísta-naturalista una, metafísica la otra y la de Confucio, llamado Sócrates de la China, dedicado preferentemente a la filosofía moral; la filosofía de los Persas, de los Egipcios y de los Fenicios y los Caldeos, reconociendo unas un Ser Supremo y dedicándose a los estudios astronómicos y geométricos.

Cultiva la escuela Jónica la geometría y nos dice que funda la física en Occidente, encontrándose entre los discípulos de esta escuela Anaximandro, que en vez de hacer adelantar las doctrinas de su maestro las desfigura, pues pone el origen de las cosas en el caos, mezcla confusa de todos los elementos, y nos dice que todo sale del caos y todo vuelve a él por un eterno movimiento de composición y descomposición; los pitagóricos, dedicándose a los es-

tudios matemáticos y explicándonos la formación del mundo, diciéndonos que la unidad había producido el número binario, después el ternario, continuando así por una serie de números y unidades hasta llegar al conjunto de unidades que constituyen el universo, y después de varias escuelas, panteísticas unas, atomísticas otras, negando alguna la razón del tiempo y del espacio, nos encontramos ante los sofísticos y los escépticos, que abandonando toda investigación seria, toman el camino de la vanidad y el espíritu de la disputa.

Era necesario que apareciese un espíritu fuerte, pues la filosofía, desfigurada por el escepticismo, iba corrompiendo las costumbres y minando los cimientos de la sociedad y este hombre, del que no podemos menos de citar su célebre frase «una cosa sé y es que no sé nada», fué Sócrates, del que nuestro gran filósofo español Balmes ha dicho «hombre extraordinario, capaz de oponerse a tanto estrago y que pudiese llenar cumplidamente su objeto, no sólo por la elevación de sus ideas, sino también por las cualidades de su carácter.» Fijaos bien, señores; yo reclamo vuestra atención, al mismo tiempo que solicito vuestra indulgencia en este áspero camino que vamos recorriendo hasta llegar al fin que nos proponemos; mirad bien, que son siempre los ideales los que han presidido toda la obra del hombre, los que han alumbrado con vivos resplandores el camino de las conquistas de la humanidad.

Amplía Platón, el elocuente, las doctrinas de su maestro Sócrates, y su discípulo Aristóteles funda la escuela llamada de los peripatéticos. Escuchad un hermoso pasaje de Aristóteles, por el que podemos conocer las ideas de este filósofo, del que puede decirse que es el que mayor influencia ha ejercido, respecto a Dios. Es brevísimo. Dice así:

«Si hubiese debajo de la tierra gentes que hubieran vivido en cómodas y espléndidas habitaciones adornadas con estatuas y cuadros y provistas de cuanto suelen disfrutar los que son tenidos por dichosos; y que sin haber salido nunca a la faz de la tierra, y habiendo oído hablar de dioses, saliera a esta superficie que nosotros moramos; al ver la tierra, el mar, el cielo, la magnitud de las nubes, la fuerza de los vientos, el tamaño y la hermosura del sol, su fuerza activa, la difusión de su luz por el firmamento; y de noche la bóveda celeste tachonada de astros, las fases de la luna, ora creciente,

ora menguante; y todos estos movimientos periódicos, ordenados, permanentes, inmutables, por cierto que, al contemplar semejante espectáculo, dirían que hay dioses y que el Universo es obra de dioses».

Señores: he creído que convenía a nuestro estudio la lectura del anterior párrafo, porque es confirmación de lo que anteriormente os hablaba; el año 282, antes de la era vulgar, el gran genio de la filosofía, mirad cómo se expresaba, ved cómo probaba la existencia de Dios por la necesidad de un primer motor, reconociéndolo como ordenador y gobernador del mundo; la ciencia abriéndose camino por los senderos oscuros y tenebrosos de lo desconocido; el hombre luchando hábilmente y descubriendo horizontes nuevos y luminosos, pero con la vista puesta en Dios, rindiendo vasallaje, aunque de una manera vaga e indefinida, a un Supremo hacedor, dueño y señor de todo lo creado.

Sigamos nuestro estudio relativo a la inteligencia del hombre y veremos que a la filosofía de Sócrates que establecía como supremo bien la virtud, sigue la de los cínicos adulterando esta verdad, y la escuela cirenaica y la eliaca y la de los pirrónicos y los epicúreos negando la providencia de los dioses, para el caso que existiesen, y con una moral igual a su metafísica que contribuye, según nos dicen los mejores autores, a la decadencia de Roma.

Unos pasos más en la historia de la filosofía y nos encontramos ante Cicerón, el gran orador, inclinado en su filosofía hacia lo verdadero, lo bueno y lo grande, y pasemos por alto, para no fatigaros, las escuelas de Sexto Empírico y de los eclécticos de Alejandría y de los neoplatónicos, y saltemos desde la irrupción de los bárbaros, los árabes y los judíos, pero no saltemos tan velozmente que no nos permita ver cómo aún en los tiempos más calamitosos, el hombre ha hecho toda clase de tentativas para conocer el por qué de las cosas. Boecio, San Isidoro y San Ildefonso, y con los árabes y los judíos Alkendi, Avicenna, Algazel y Abén-Exra, Ben y Maimónides nos prueban cómo en todas las épocas y en todas las edades la antorcha de las ciencias, la inteligencia del hombre alumbró al mundo, antorcha que ilumina con nuevos y hermosos resplandores el gran Tomás de Aquino, ese hombre extraordinario que con su «Summa Theologica» ha encontrado solución a todos los problemas de índole filosófica, moral, teológica y social, y nos

hallamos ya ante el gran monumento de la filosofía escolástica. ¡Ah!, señores, el pensamiento, dice un gran escritor, había vuelto a caer en el escepticismo y despierta el espíritu de nuevo a la reflexión y recobra sus fuerzas con el auxilio poderoso de los filósofos de primer orden, San Anselmo y Santo Tomás.

Avancemos más, y nos encontraremos con lo que la Historia de la filosofía denomina época de transición, en la que vemos cómo Giordano Bruno enseña el panteísmo, Bernardino Telesio funda la Academia Telesiana, Berigardo resucita la escuela jónica, brillan en Florencia los platónicos y Montaigne formula el escepticismo, y ¿para qué cansar vuestra atención con la cita de los nombres de los más notables filósofos y de las más significadas escuelas? ¿A qué recordar el nombre de Bacon de Verulane, uno de los reformadores de la filosofía, del gran Descartes, con su filosófico principio, «yo pienso, luego soy», de Hobbes, que con sus horribles doctrinas morales y políticas, no admite más conocimiento que el sensible, y Kant, con su filosofía moderna, con sus tres críticas, crítica de la razón pura, crítica de la razón práctica y crítica del juicio, y tantos y tantos filósofos investigando si existe algo, qué cosas existentes conocemos y cuál es su naturaleza; si existe el hombre, qué es, de dónde ha salido y cuál es su destino, experimentando, como dice un notable orador contemporáneo, en su cerebro el hervor de la nebulosa, formado por multitud de ideas que se mezclan y se contrastan, siguiendo después todo el complicado proceso hasta llegar al momento de concreción y perfección. ¡Ah! es que la ciencia investiga para conocer el por qué de las cosas, y cómo el hombre se resiste a suponer que vive sólo para morir, filosofa, inquiere e investiga para llegar al conocimiento de la verdad, sobre todo lo que existe y puede existir sobre el mundo corpóreo y sobre las cosas incorpóreas, porque todo lo que existe y puede existir, todo lo corpóreo e incorpóreo es objeto de la filosofía; pero, señores, detengámonos unos momentos y no entonemos himnos a la sabiduría del hombre, porque Balmes nos sale al paso y nos dice que la filosofía y su historia engendran en el hombre una convicción absoluta de la escasez de nuestro saber, es como dice Balmes, y perdonad que me complazca en citar este nombre, gloria de la filosofía y gloria de España, es «un conocimiento científico de nuestra ignorancia». ¡Ah! pero permitidme que yo sí entone esos

himnos, porque también me dice el autor de *El Criterio* que la filosofía no muere ni se debilita, antes al contrario, se vivifica y fortalece cuando está a la sombra de la religión, y es, señores, que si os detenéis y echáis una rápida ojeada, observaréis que el hombre en todos sus aspectos, corporal, intelectual, moral, socialmente está preso de la sociedad de que forma parte, está encadenado y ligado por infinitos vínculos, vínculos que se llaman leyes fisiológicas, sociales, morales, políticas, y el hombre al aceptar un vínculo más, al aceptar el vínculo de la creencia y de la religión, no sólo no se aprisiona, sino que, soltando las ligaduras y las esposas, vuela más firme y con más soltura, porque está más seguro de que con la luz del potente faro de la religión ha de encontrar fácil el camino y no se ha de poder extraviar.

Y si ahora pasamos a examinar, siquiera sea rápidamente, la obra del hombre, lo que podríamos, aunque impropriamente, denominar su obra creadora desde el principio del mundo, ¡cuánta maravilla! ¡cuánta grandeza!

Mirad cómo sondea las inmensidades del espacio y cómo transforma la superficie del globo. Mirad al hombre primitivo, al troglodita construyéndose toscas hachas, cavernas prehistóricas, y subiendo después el primer peldaño de la escalera del progreso, vestir su cuerpo con pieles y utilizar armas de hueso y piedra. Pasemos a la ligera por los tiempos proto-históricos en los que vemos la llanura de la Caldea como la fertilizan sus notables obras hidráulicas. Entremos en lo que los escritores llaman tiempos históricos y veremos al hombre en la China inventando la imprenta tabelaria, la brújula y el papel, cuyos inventos perfecciona después la ciencia dándole diversas aplicaciones.

Mirad al pueblo indio inventando el sistema numeral decimal, instrumentos de música y el complicado juego del ajedrez llamado y bien llamado «rey de juegos y juego de reyes». El pueblo asirio, con su hermoso arte, con sus grandiosas obras arquitectónicas, en las que ya se admira el arco ojival, el capitel y la cúpula hemisférica; con su notable arte escultórico y sus bajo relieves; extended la vista a la Fenicia y os asombrarán sus artífices labrando el templo de Salomón, sus centros fabriles, sus manufacturas de paño de algodón, lana, cristal y vidrio, y sus inventos: la escritura alfabética, la moneda y la navegación, «el primer pueblo navegante traía en

sus labios el alfabeto, en sus dedos la moneda y en las velas de sus naves el soplo vivificador de oriente» (1).

Dejad al hombre, dejadle que avance y veréis cómo todos estos inventos los refina, los perfecciona, los multiplica y nos asombra con sus adelantos y con su sabiduría.

El pueblo egipcio nos lega las obras monumentales, sobresale en su escultura y se distingue también por sus conocimientos matemáticos, astronómicos y médicos, y tenemos, en otro orden, la escuela de Alejandría con el célebre matemático Euclides, el cosmógrafo Eratóstenes, el astrónomo Hiparco y el geógrafo Ptolomeo; el pueblo griego que sirve de cuna a la poesía con Homero, su cantor, con Píndaro y Anacreonte, con sus geógrafos Anaximandro y Aristóteles, con Demóstenes, el orador más elocuente de la antigüedad, con Temístocles y Aristides; añadid los siete sabios de Grecia y agregad su arte arquitectónico con sus estilos dórico, jónico y corintio, y veréis en el pueblo griego el más alto sentimiento de lo grande, de lo sublime, de lo bello; y ved, por fin, al pueblo árabe inventando el álgebra y su hermoso arte arábigo bizantino.

Seguid recorriendo el camino y os encontraréis en la historia del mundo la civilización de la edad media; deteneos un momento para admirar cómo entra la vida en un floreciente período de relaciones comerciales y mercantiles al abrirse al tráfico nuevos mares por el invento que a la náutica da la aguja magnética; las bellas artes se ven enriquecidas con el estilo llamado ojival o gótico, del que nuestras grandiosas catedrales ofrecen hermoso museo; el monje alemán Bertoldo Schwartz, perfecciona el invento de la pólvora que hizo el pueblo chino y lo aplica a la guerra, y a la pólvora que cambia el sistema de la guerra opone Gutenberg lo que un escritor notable llama «pólvora del pensamiento»: la imprenta, y agregad a este catálogo formado a la ligera, el nombre de Miguel Servet, descubriendo la circulación de la sangre; Galileo, inventor del Telescopio; Newton, con su grandioso descubrimiento de la ley de gravitación universal; Montgolfier, el de los globos aerostáticos; Franklin, los pararrayos; Torricelli, el barómetro; Jenner, que descubre la vacuna contra la viruela; volved la cabeza hacia

(1) Alfonso Menoro Espinosa, *Historia Universal*.

las bellas artes y asombraos ante el grandioso estilo greco-romano, ante la gran basílica de San Pedro y ante el genio de Miguel Angel; ante Ticiano, Rúbens y Van-Dyck; mirad en otro orden a Monje y Romme con el sistema métrico decimal, a Chappe con el telégrafo óptico, a Jorge Stephenson inventando el ferrocarril y el asombro se convertirá en estupefacción si seguís adelante y abriendo las puertas de lo que los historiadores llaman época novísima, os encontráis ante Laplace con los cálculos de la mecánica celeste; a Flammarión, al P. Sechi con sus adelantos en la Heliografía. ¡Ah!, señores, el período contemporáneo ofrece a nuestra vista un extraordinario progreso material con Volta, descubridor de la electricidad dinámica; con Lavoisier y Berzelius, fundadores de la Química; con Edisson, que nos da el alumbrado eléctrico y diferentes y maravillosas aplicaciones de la electricidad; con Nobel, inventor de la dinamita; con la navegación aérea, que nos ofrecen Santos Dumont, Farman, Zeppelin; con la navegación submarina, de Peral y Goubet; con la fotografía, de Daguerre; la litografía, el fósforo, el telar mecánico, la máquina de coser, la bicicleta, el automóvil, los ferrocarriles por tracción eléctrica, las corrientes polifásicas, la turbina Labal, el carburo de calcio, el cinematógrafo, el aire líquido, las máquinas de escribir y calcular, la rotativa, la telegrafía eléctrica, que parece profetizó Lope de Vega en aquellos versos:

«Tan veloces como el rayo
las noticias han venido.
¡Quién sabe si, andando el tiempo,
vendrán con el rayo mismo!

y en la medicina Pasteur, Koch, Behering, Rhux y nuestro sabio Ramón y Cajal, la vacuna antivariolosa, antitífica, los sueros, los rayos X para ver los huesos y los cuerpos opacos introducidos en el organismo; ese es el hombre que por su entendimiento sujeta y desvía la impetuosidad de los ríos; se hace rey de la tierra, del mar y del aire, compitiendo con el ave y con el pez; escudriña e investiga los cielos; hace llegar su pensamiento a las regiones más apartadas con mayor velocidad que el viento; vence a la fiera del desierto y al microbio imperceptible y traidor que acecha la vida del hombre; asombra a las generaciones con su arquitectura, con

su escultura y con su arte, con su literatura y con la música, y al ver todo esto, tenemos que entonar un himno a la inteligencia, al entendimiento del hombre, y tenemos que rendirnos a su inteligencia y poder; el misterio de este poder del hombre, señores, del hombre que no es nada, cuya existencia destruye un soplo de aire, cuya energía aniquila una enfermedad de cuatro días, cuya vida siega un microbio, que a su débil mirada es imperceptible, es un misterio que el hombre no comprende; pero rasguemos el velo que cubre este misterio, y veremos que el secreto de este poder no es otro que el de la creación; digámoslo de una vez, de la participación del hombre en la creación. Terminemos con las hermosas palabras de un notable orador de estos tiempos: «El soplo de Dios sobre la frente del hombre, el beso de la predilección, la diadema de soberano de la creación».

Vuelvo a repetir lo que dije al principio de esta conferencia, o sea que conviene más al fin que nos proponemos, y no me cansaré de repetir que del modesto estudio que estamos haciendo, examinar la obra del hombre, en la manifestación de su autoridad, pero nos interesaba también, para este mismo fin, el ligero examen que hemos hecho de sus manifestaciones de intelectualidad y actividad.

Siguiendo el orden que hasta ahora llevamos, parece que debiéramos valernos para este examen de la Historia Universal, pero vamos a concretarnos a la de España, nos es más conocida y tiene en sus páginas sobrados momentos, que si supiéramos presentar a vuestra consideración, nos daría suficientes argumentos para lograr el fin que en esta primera conferencia nos proponemos ¡Lástima que no estemos dotados de la elocuencia y talento necesarios para ello! Continuemos.

La colonización feno-helénica, la dominación cartaginesa, la dominación romana (y como el fin que nos proponemos es el de demostrar que en todas las épocas, en todas las edades, en todos los siglos, los ideales han sido la palanca que ha movido a los hombres, aunque no desconocemos que algunas veces aquellos ideales no eran todo lo perfectos, todo lo buenos que fuera de desear), no podemos pasar en silencio los datos que ya nos ofrece la historia; con el incendio de Sagunto y sacrificio de los saguntinos, que fué honor de españoles morir libres; con Viriato, el primer defensor de la independencia española; con Numancia, que, al igual de

Sagunto, sabe perecer antes que rendirse a la ignominia; con Santiago y San Pablo, más tarde, que vinieron a España a predicar el cristianismo, haciendo tantos prosélitos que, durante la persecución de Diocleciano, ofreció España en holocausto al Evangelio los innumerables mártires de Zaragoza. La dominación visigoda, con sus períodos de monarquía gótico-arriana y gótico-católica. La civilización visigoda, legándonos los elementos constitutivos de la sociedad española, el Catolicismo, la nacionalidad y la monarquía; la dominación árabe, con su emirato, califato y los reinos de Taifas; las tres épocas que comprende este período, desde la batalla del Guadalete hasta la conquista de Granada; y ya nos encontramos en la España cristiana, en la España de la Reconquista. El hombre, en todos los órdenes, en todas sus manifestaciones; en su intelectualidad, investigando el por qué de las cosas; en su actividad, creando y produciendo; en su autoridad, sometiendo a la sociedad a nuevas leyes y nuevas civilizaciones, y en todas las cosas demostrando lo notable de su inteligencia, de su fuerza y de su poder.

Covadonga, Las Navas de Tolosa, Granada; ved aquí tres nombres que indican, que señalan tres fechas memorables en nuestra historia. ¡Ah! si pudiéramos ir deteniéndonos en cada una de estas etapas, con qué fruición se recrearía el espíritu contemplando cómo cada época, cada paso, cada combate, cada reinado era una nueva conquista, un nuevo triunfo que alcanzaban nuestros antepasados movidos siempre por un ideal, ora religioso, ora político, ora social.

Cansaríamos vuestra atención si fuésemos señalando cada momento de la historia en que un suceso y una nueva norma de derecho, de justicia, de constitución, vemos que se impone a la sociedad.

Los reinados de León y de Castilla y su separación para volverse a unir después con más pujanza; la casa de Navarra, Las Navas de Tolosa, el nombre de Fernando III el Santo con toda la grandeza que este nombre evoca; Alfonso el sabio y D. Pedro el Cruel, o D. Pedro el Justiciero, según quieren muchos historiadores; los reyes de Navarra y los de Aragón, con su Ramiro II el monje y su campana de Huesca; el principado de Cataluña con Wifredo el Velloso, y digámoslo de paso, señores, en toda la historia de Cataluña antigua no vemos ni encontramos nada que pueda ser-

vir de base ni fundamento para que un puñado de hombres, pequeño ciertamente, trate de asentar la ideología de su separatismo en los orígenes del principado de Cataluña; yo os digo que cuando visito la hermosa Cataluña y hago campo de mis observaciones y estudios, los monumentos antiguos que son muertos que me hablan con arrobadora elocuencia del pasado, de la grandeza del pasado, me siento abrumado ante el monasterio de Ripoll, la Covadonga Catalana, de Montserrat y ante los claustros y salas capitulares deshabitados y fríos del grandioso monasterio de Poblet, El Escorial de Cataluña y allí, buscando y rebuscando su pasado, me siento más amante de la región catalana y más español, porque ni en su historia, ni en su origen, ni en su arte, ni en ninguno de sus encantos, veo ni siento nada que me separe ni que me desligue de mi madre España, de esta soberbia matrona, siempre temida y siempre admirada, que, como dijo el poeta, no ha tenido más verdugo que el peso de su corona, de esta madre que no puede evitar a pesar de sus amores y de sus bondades, de sus sacrificios y de sus amarguras, que algunos de sus hijos se descarríen y la abandonen, respondiendo con ingratitud a sus desvelos y a sus llamadas. No os apuréis ¡madre mía! que si os falta el amor de alguno de nuestros hermanos, el pueblo catalán, al que queremos y admiramos, se une a nosotros para ofreceros nuestro amor, con toda su intensidad y no lloréis, que esos pocos que os abandonan, también os quieren y volverán a vosotros, porque si un momento de extravío puede dar lugar a que un hijo abandone a su madre, los hijos de España vuelven pronto al hogar, porque en el pecho de los españoles no tuvo nunca asiento la ingratitud filial.

Volvamos a tomar el hilo de nuestro discurso, que hemos abandonado unos momentos, para dedicar un recuerdo a nuestra querida hermana Cataluña, y veamos la organización política y el estado social. La monarquía fundada en Asturias, con sus justicias en Aragón, Sobrecartas en Navarra y Consellers en Cataluña, el catolicismo, tomando no pequeña participación en la organización de la sociedad civil, la nobleza con sus ricos homes, condes, duques, hidalgos, caballeros e infanzones, el pueblo con sus ciudadanos y sus siervos, con sus Procuradores en Cortes; después la legislación foral, la sisa, la alcazaba, los diezmos, la fonsadera, los gremios, las cofradías; el ejército con sus milicias ciudadanas, con sus cas-

tillos y con sus torres del homenaje; tomarán a mal mis oyentes que en un momento de sinceridad exclame: ¡venturosa edad! Grande, pujante, rebotante de fe y de sentimientos religiosos, que envolviendo todo, a todo lo anima, lo ilumina y lo fecundiza con sus ideales, con sus entusiasmos y con sus heroísmos. Allí, como dice un notable escritor, un hervor universal de emancipación diluye los restos de la antigua esclavitud pagana y deshace la inmensa red de servidumbre de la gleba, el encumbramiento de poderosas individualidades sobre el pedestal de robustas familias patriarcales; allí el multiplicarse toda clase de asociaciones y vastas corporaciones y entidades jurídicas; allí la creación y expansión de las clases agrícolas, industriales, mercantiles y artesanas; y en medio de un inmenso torbellino de hombres y de cosas y a pesar de los errores y de la violencia de las pasiones y de los crímenes y de las luchas, se destacaba un florecimiento exuberante, una armoniosa mezcla de artes y letras, de monumentos religiosos y civiles, de escuelas populares y de universidades; permitidme que vuelva a exclamar: ¡venturosa edad! Unos pasos más en la historia y veremos reformarse todo: el hombre siempre pensando, siempre estudiando, conquistando nuevos florones que agregar a la corona de su patria en la ciencia, en el trabajo, en el campo, en la virtud.

Demos paso a la edad moderna; abramos la puerta a la monarquía española; dejémosla entrar con toda su pompa y su realeza; inclinémonos reverentes al paso de los reyes católicos, de Fernando y de Isabel, bajo cuyo reinado había de tener lugar la más grande conquista de la humanidad, sin que valiera para empequeñecerla ni empañarla la envidia de unos cuantos, la ignorancia de otros pocos y la intriga de algunos serviles palaciegos. Colón, el nuevo mundo, son nombres que van entrelazados con los de Fernando e Isabel, de aquella gran reina, de la que dijo Pedro de Cartagena:

«Es que sois mujer entera,
en la tierra la primera
y en el cielo la segunda».

La guerra de las comunidades con Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado, y conservad presentes estos recuerdos gloriosos para la consecuencia que vamos a sacar, que estamos sa-

cando. ¡El ideal! ¡el ideal! ya lo véis que desde Sagunto y Numancia es la antorcha que ilumina todas las empresas, el ideal que con Viriato forma el primer guerrillero de la libertad española y que la musa popular ha cantado:

«que surge de los campos y los valles,
a salvar nuestro honor e independencia
y se llama Bernardo en Roncesvalles
y se apellida El Cid sobre Valencia».

El ideal de los innumerables mártires de Zaragoza, el ideal que lleva al conde Teodomiro a la lucha encarnizada con los árabes y que al dirigirse a D. Rodrigo, exclama:

«Si oís decir que mi hueste fué vencida,
no preguntéis, señor, cuál fué mi suerte,
antes que ser esclavo ser suicida,
si no muero en la lid me daré muerte».

El ideal de nuestra caballería ¡Santiago y cierra España! que se escucha grandioso y solemne en los albores de nuestra reconquista; el ideal de Guzmán el Bueno arrojando su puñal al príncipe don Juan (cuando pretende hacerle entregar la plaza amenazándole con la muerte de su hijo) y diciéndole: «Si en el campo no hay acero ahí va el mío»; el ideal de aquellos magnates aragoneses, que sin temores cobardes ni adulaciones serviles, le decían al rey al ir a jurarle como tal: «Nosotros cada uno de los cuales valemos tanto como vos y todos juntos más que vos»; el ideal de Padilla, defensor con sus compañeros de las libertades castellanas, que al subir al cadalso, pronuncian aquellas hermosas palabras «ayer fué día de pelear como caballeros, hoy lo es de morir como cristianos»; el ideal que hace exclamar a Carlos V al retirarse al Monasterio de Yuste:

«La ciencia calificada
es que el hombre en gracia acabe,
porque al fin de la jornada
aquel que se salva, sabe
y el que no, no sabe nada»;

el ideal que lleva al Marqués de Santa Cruz a la batalla de Lepanto, a la conquista de Portugal y a la organización de la armada invencible, y que, como dijo Lope de Vega:

«El fiero turco en Lepanto,
en la tercera el francés
y en todo el mar el inglés
tuvieron de verle espanto.»

El ideal, que pone en los labios de Fray Luis de León el «Decíamos ayer...», que pronuncia al entrar en su cátedra después de cuatro años en los calabozos de la Inquisición; el ideal que respiran las palabras del duque de Gandía, del gran Francisco de Borja, cuando, al ver el cadáver de la Emperatriz, cambia su tocado de palaciego por la sotana de San Ignacio y exclama: «No, no más servir a señor que se me pueda morir»; el ideal de Cristóbal Colón, que después de haber realizado la más grande conquista de la humanidad, escribe a su hijo: «No poseo en España un techo que,guarezca mi cabeza; si quiero comer y dormir, tengo que ir a la hospedería, y con frecuencia no tengo con qué pagar la parte que me toca.» ¡Ah!, señores, es que el ideal es algo que alumbrá nuestra marcha fugaz por la tierra con resplandores celestiales, porque el autor de un generoso pensamiento no espera la gratitud de los hombres, lleva el premio en el corazón o lo espera del cielo, como nuestros antepasados, que al sentir pisadas extranjeras en el solar patrio, nos legan actos de valor, de heroísmo, de patriotismo, tales, que sólo el morir por un ideal lo justifica; el ideal que lleva a un pueblo a sostener una lucha de seis años por la independencia, a refri quinientos combates y a contar tres millones de víctimas. ¡Ah!, es que se confirman las palabras del poeta:

«Si Roma orgullosa, vencida Numancia
creyó sepultados valor y constancia
los siglos al mundo su error demostraron
los padres murieron, los hijos quedaron.»

El período contemporáneo de nuestra historia, ya lo sabéis, se inaugura con el alzamiento nacional contra la invasión francesa y con el establecimiento del régimen monárquico constitucional, con el reinado de aquel rey, del que muy acertadamente dice el docto catedrático Moreno Espinosa que podía aplicársele la frase de Chateaubriand «monarcas hay que se sientan en el trono para hacerle despreciable»; pasemos ligeramente por este período, pues el tiempo no nos permite detenernos, y bástenos conocer que esta

época es de una lucha constante, de una guerra civil permanente; unos defendiendo los poderes constituidos, otros defendiendo el absolutismo, quiénes diciendo que luchan por las libertades, algunos sublevándose contra los gobiernos y destronando reyes; todos en fin, permitidme que yo que creo tener el debido concepto de la libertad os diga que todos defendiendo un ideal, acertado o equivocado, vuelvo a repetir que me perdonéis si no compartís el juicio, laudable en todos, porque todos pretenden el bien de la Religión, el bien de la Patria o el bien de la sociedad, pero ¡hemos llegado al siglo XX! Y ¿qué herencia ha recogido este siglo de los últimos años de su antecesor?

Señores: hemos llegado al instante crítico de nuestra conferencia y no venimos dispuestos a traicionar nuestro pensamiento; hemos de hablar claro. Hace falta una miopía extraordinaria para no darse cuenta de la horrible crisis espiritual de nuestra época; hace falta ¡qué digo una miopía! una ceguera absoluta para no ver la decadencia del espiritualismo de nuestro siglo; hace falta tener perdido el sentido de la realidad para no observar que en el siglo XX no hay ideales, que el materialismo ha triunfado con toda su corte y todo su séquito de goces y placeres, de lujos y de galas, de saraos y de cabarets, de cortesanas y de meretrices, de negocios inconfesables, de claudicaciones y de cobardías, de frivolidades y afeminamientos, de chistes y de colmos, de intereses creados y... acabemos, señores, de todo lo que al cuerpo satisface, sin cuidarse para nada de los grandes ideales que fueron, como hemos visto en el estudio que hemos hecho, árido, ciertamente, pero necesario, preciso, indispensable para poder expresarnos con la autoridad con que ahora lo hacemos, la contraseña, el estandarte que presidió todos los grandes momentos de nuestra gran historia; los grandes ideales de la virtud, del patriotismo, de la religión, de la caridad del amor al desvalido, de la justicia, de la fraternidad, por la que nos dábamos el nombre de hermanos, con el que nos enorgullecíamos, y que el materialismo ha desterrado. ¡Ah, señores! El materialismo ha arrancado de la tierra la flor más hermosa, la de más cálido perfume, la de pétalos más brillantes, la de aroma más embriagador, la de la caridad cristiana.

Ya hace algún tiempo, asistí a unas notables conferencias que escuché con verdadero deleite, y uno de sus períodos, que tiene por

título el de «materialismo masculino», encaja tan bien en el asunto que tratamos, que no puedo resistir al deseo de daros lectura del mismo. Escuchad:

«Estamos rodeados de hombres sin ideales, de hombres viejos y de hombres jóvenes sin ideales. Tiempos hubo en que se adivinaba en la expresión del rostro humano el fuerte ideal que albergaba el alma; tiempos en que los ojos de cada rostro tenían su rayo de luz: era la investigación teológica, era el ansia de convertir infieles, era el afán de engrandecer a la patria, era la vocación literaria o artística, era el anhelo de guerrear, era el romántico amor de una mujer, era algo que hacía vibrar el espíritu y daba cuerpo a la vida, algo que elevaba y que enardecía, ese algo que la moderna ineducación ha usurpado inicuamente a la humanidad. ¿Dónde está ahora el ideal? Ni en la virilidad, ni en la juventud; ni en las aulas ni en el gabinete del profesor; ni en el hogar ni en la calle; ni en la vida literaria ni en la vida artística, ni en la vida religiosa. ¿Dónde está la generosidad, el arranque, el impulso de la juventud? Escolares sin interés alguno por la Ciencia y sus progresos, profesionales sin entusiasmo ni vocación, espíritus dominados por el deseo único del goce y de la utilidad momentánea. En la hora de la mayor animación, girad visita a los círculos, a los casinos y a los lugares en que se congregan los varones. Oid su charla, revisad los temas de su conversación. Seguro estoy de que vuestra investigación no ha de ser muy larga, pues pronto os veréis forzados a volver la espalda, ahitos de frivolidad, de afeminamiento, de egoismos, persuadidos de la imposibilidad de hallar la alteza de miras, de afectos, que demanda nuestra naturaleza. Ojos de mis hermanos, que se hicieron para mirada de águila y que ya no saben mirar fijamente en sublime rapto las profundidades del cielo, ni saben el vago y luminoso mirar del que en su ideal piensa enamorado. Oídos cerrados a las armonías de la belleza y a los himnos del cielo, y sólo abiertos al vibrante son de la moneda y al arrullo de la lujuria. Inteligencias creadas para ser espejo de la divinidad y para envolverse como crisálidas en el dorado copo de los nobles discursos, y que ahora se han convertido en máquinas de contar y medir» (1).

(1) *La irreligión masculina.*—Dr. Rogelio Chillida.

Señores: después de estas hermosas palabras del para mi maestro, sería audaz y osado que el alumno, el discípulo, el colegial, intentase agregar otras que resultarían frías, pálidas y pobres. Sólo nos resta decir: materialismo, materialismo y materialismo.

Nos encontramos ante una sociedad que no reconoce más que la materia y que no concede importancia a otro problema que al económico. Vivimos en una sociedad para la que no existe otro valor que el peso y la medida; estamos, pues, ante el problema social; afrontémoslo resueltamente y con valor.

Ante este estado se levantan dos fuerzas poderosas que dícese tienen en su mano la solución del problema; dos grandes bandos que se dicen poseedores de la medicina que ha de salvar a las sociedades, dos escuelas que, con filosofía contraria, se creen dueñas del secreto de redención de las multitudes. Pongamos término hoy a nuestra primera conferencia, y dejemos para la segunda el estudio de una de estas escuelas, de la socialista; pero no estará de más prevenir a nuestros oyentes que el examen que hemos de hacer de la escuela socialista, como de la católica, ha de ser de mera exposición de doctrinas. Quien nos haya escuchado hoy ya habrá observado que en nuestra discusión no han de entrar ataques a las personas, que nos merecen todos los respetos. Venimos a discutir y a razonar las ideas, ajenos a todo lo que signifique ni represente molestias para las personas. Tengan presente también los que asistan a estas conferencias que las dos siguientes son de estudio de las dos escuelas ya citadas y de su filosofía, y que en este examen y estudio, como labor analítica, tenemos que prescindir de adornos literarios y oratorios, pues hemos de atender más al fondo que a la forma.

Veremos si acierto a explicaros lo que me propongo, y entretanto yo pido, no sólo auxilio y fuerzas para cumplir mi cometido, sino paciencia para que vosotros me escuchéis en días sucesivos con la atención y espíritu de sacrificio de que hoy habéis dado pruebas.

HE DICHO.

SEGUNDA CONFERENCIA

LA ESCUELA SOCIALISTA

(SOCIALISMO)

Señoras, señores:

Desechados de la sociedad, como hemos visto en nuestro anterior estudio, los grandes ideales, por los que anteriormente a estos días en que nos ha correspondido vivir se movieron los hombres; reducida toda la labor de la criatura a adueñarse del mayor número posible de bienes materiales; abandonados en el presente momento histórico los grandes amores espirituales, se ha reducido todo a buscar el medio de hacer más placentera la vida, a lograr las mayores conquistas en el orden material y a obtener el mayor bienestar durante esta breve estancia en la tierra. El deseo y la ambición de las multitudes, se ha concretado al logro de los bienes terrenos, y era natural que apareciese una fuerza que consiguiendo en su programa todos aquellos puntos que eran objeto de litigio y de ansia, tratase de conquistarlos para ofrecerlos al pueblo. Dos bandos cuya importancia no podemos, no debemos y por otra parte sería inútil negar, se disputan la posesión del secreto que ha de solucionar el problema; dos escuelas cuyas filosofías pasaremos a estudiar, luchan en el mundo ofreciendo a las clases proletarias, a los que sufren y trabajan, a los que viven con el sudor de su frente, la solución del pavoroso conflicto. Una es la escuela socialista, otra es la escuela católica. Una es



la escuela del socialismo que con Carlos Marx llega a la cumbre, y con él toma el nombre de socialismo científico, otra es la escuela católica que con León XIII define en sus encíclicas, según frase de un notable sociólogo, la teología social del cristianismo. Corresponde hoy, según el orden que nos hemos propuesto seguir en estas conferencias, el estudio de la primera de estas escuelas, la socialista. Es posible que alguien suponga intencionalmente exagerados los juicios que vamos a hacer del socialismo, dado el generalizado concepto que de él tienen las gentes; pero repetimos lo que en nuestra anterior conferencia dijimos: nada hay en todo lo que vamos a hablar que no sea rigurosamente científico y en lo que toca al concepto, a la historia, al socialismo moderno de Carlos Marx y a los fundamentos científicos en que se basa, no tenemos inconveniente en someternos a la crítica de los más caracterizados socialistas, en la seguridad de que no han de contradecir una sola de nuestras afirmaciones, porque si así fuera se colocarían en contradicción con sus maestros, que son los que hemos leído y estudiado, y cuyos sistemas y filosofías vamos a presentar con la imparcialidad más escrupulosa.

El asunto que vamos a tratar es interesante y hay que mirarlo desde el plano superior de los ideales, no como las gentes de los corrillos de las calles que hablan y discuten de socialismo. Vamos a penetrar, si sabemos, en el fondo del sistema, pues estamos convencidos de que es tarea fácil la de hablar en términos generales y ridiculizar a sus directores. Para este trabajo no hubiéramos interrumpido nuestra vida habitual, no nos hubiéramos ausentado del hogar ni vendríamos a cansar vuestra atención. Vamos, pobremente, porque no nos cansaremos de repetir que son pobres nuestra ciencia y nuestra oratoria, a elevarnos algo más, y ello es preciso, porque es tal la confusión que existe en estas materias, que hay momentos en que se involucran las escuelas y las doctrinas y es necesario que sepamos de una manera indubitable, a lo menos, los principales fundamentos y programa de cada una, extremos que en muchas ocasiones confunden las gentes, debido, no escasas veces, a una fraseología que conviene expresar sin equívocos, ambigüedades y confusiones. Cuestiones son estas que requieren claridad hasta en sus mismos términos. Veamos si sabemos hacerlo.

Podemos y debemos hacernos ante todo una pregunta como

principio de nuestro estudio. ¿Qué se entiende por socialismo? Declaremos que de todas las definiciones que hemos leído del socialismo, la que consideramos más exacta es la siguiente: «un sistema económico que pretende introducir la propiedad inalienable de la sociedad en común sobre los medios de producción y organizar la propiedad y el reparto de sus frutos por medio del estado democrático (1)» y no se crea que al decir un sistema económico, se quiere decir que el socialismo prescinda de reformas que cambien el orden actual de la vida política, jurídica, religiosa, etc., sino que en primer término y según lo entiende la inmensa mayoría del partido, es un sistema económico. El socialismo en el orden político aspira a la forma más democrática y pretende que las leyes, los jueces y las autoridades sean elegidos por el pueblo, en el orden religioso profesa el materialismo y el ateísmo, en el familiar la disolución del vínculo conyugal o el amor libre, y la educación de los hijos por el Estado, y en lo que se refiere al juicio que la patria les merece, son muchos los socialistas que creen deben desaparecer las fronteras y con ellas el militarismo, abriéndose así el camino a la confraternidad universal, pero en esto, como en muchos de los puntos de su programa, el socialismo no es fiel a sus principios y a su dogma, y así hemos visto cómo en la última guerra europea, al tocar llamada el clarín y la trompeta, los socialistas han arrojado su juicio de la patria, y a la sombra de su bandera han acudido al campo de batalla, y dando al mundo ejemplo de patriotismo, después de realizar con abnegación y espíritu de sacrificio múltiples actos heroicos, que sólo saben realizar los que saben amar a su patria han sucumbido al fin envueltos entre los pliegues de su bandera. ¡Paz a los muertos!

El socialismo, pues, que está comprendido en la denominación de lo que un notable publicista, maestro en estas cuestiones, llama «Comunismo positivo moderado», pretende abolir la propiedad privada en lo que afecta a los bienes productivos, entendiendo como tales todos los que sirven para producir otros nuevos, como las tierras, máquinas, primeras materias, ferrocarriles y medios de transporte, en fin, todos los bienes que sirven como anteriormente decimos para producir otros.

(1) Cathrein.—*El Socialismo*, página 14

El socialismo toma también el nombre de democracia social, colectivismo o socialismo nacional, puesto que su aspiración es la de hacer pasar los medios de producción al Estado democrático, el que se encargaría de organizar la producción y la distribución de los bienes económicos; más claro; la nacionalización de todos los medios de producción.

Fatigaríamos vuestra atención si nos detuviéramos a examinar la historia del socialismo desde la antigüedad y el fin que nos proponemos no exige tampoco este minucioso estudio.

Bien estará, sin embargo, que digamos que ahora, cuando tanto se habla de comunismo y de socialismo, ahora, cuando se nos aturden los oídos hablándonos de la igualdad y de las excelencias del estado socialista y se le han presentado al pueblo ¡al pobre pueblo! las delicias de un Estado democrático que ni entiende ni comprende, pues no le es al pueblo fácil penetrar en esos laberintos de introducir la propiedad inalienable sobre los medios de producción, y menos cómo había de organizarse el reparto de trabajo y distribución de sus frutos; ahora, cuando se nos habla de todo esto presentándonoslo como una conquista y un progreso de los tiempos, vienen a nuestra memoria unas palabras de Platón. Escuchad:

«El estado más perfecto, dice Platón, será aquel en el cual se practique más al pie de la letra, y cumplidamente, el antiguo adagio de que todo es realmente común entre los amigos. Dondequiera que suceda, o deba suceder un día, que sean comunes las mujeres, los hijos, los bienes, empleándose todo el cuidado posible a fin de que desaparezca del trato de los hombres hasta la palabra propiedad, de modo que lleguen a ser comunes, en cuanto sea dable, aun las cosas que la Naturaleza ha concedido al hombre en propiedad, como los ojos, los oídos, las manos, hasta tal punto que todos los ciudadanos crean obrar, oír, ver, en común, y aprueben o censuren todos unas mismas cosas, y sus penas y placeres tengan unos mismos objetos; en una palabra, dondequiera que las leyes se propagan hacer al estado perfectamente *uno*, allí hay el colmo de la virtud política, y las leyes no pueden tener dirección mejor. Ese estado, ya sea morada de dioses, o hijos de dioses, es la mansión de la más cumplida felicidad.» (De las leyes. Lib. 5).

Ya véis cómo se expresaba el gran filósofo Platón. Cuando os vengan a hablar de la novedad del socialismo o del comunismo,

bien que se llame comunismo positivo, radical, moderado y os lo presenten como una conquista de los tiempos y como un descubrimiento de última hora, podéis contestar que es antiguo y trasnochado, pues ya véis cómo hablaba un filósofo tres siglos antes de la era vulgar, y en cuanto a las ideas salta a la vista que el ideal del filósofo en el orden económico descansa sobre bases completamente insostenibles. Pero pasemos por alto el comunismo de Platón, de la antigüedad y de la edad media, y acerquémonos al socialismo moderno, creado después de la revolución francesa.

La moderna industria con sus nuevos y asombrosos medios de producción, con sus adelantos para explotar, todos los progresos de la industria, con la libre concurrencia, nos ha traído éxitos grandiosos, pero ha acumulado la riqueza en manos de unos pocos y estableciendo nuevas relaciones sociales ha dividido la sociedad en dos clases que se hacen encarnizadamente la guerra. Dos grupos luchan sin descanso, uno compuesto de un número relativamente pequeño de poderosos capitalistas y otro numerosísimo formado por el proletariado.

«Con el desarrollo del proletariado va de la mano la disolución de la vida de familia y los progresos del alcoholismo y de la inmoralidad. Añádase a lo dicho que, por culpa de las clases elevadas, ha invadido todas las capas populares el más craso materialismo y un desenfrenado apetito de placeres, al paso que burgueses, enriquecidos de la noche a la mañana, han hecho de mil maneras ostentación de un lujo desatinado. Así se comprende que sólo se necesite una chispa para que el resentimiento de los desheredados se desfogue en llamas de indignación. Con la revolución francesa, que inicia en la Historia Universal una nueva época, el tercer estado, la burguesía, llegó a las esferas del Poder con el emblema de: libertad, igualdad, fraternidad. Muy pronto se formó frente a frente el cuarto estado, el de los desheredados de la fortuna y de los proletarios. La fraternidad ya desde sus principios tenía una significación puramente decorativa. La libertad y la igualdad existían en la esfera política, pero para los más en las clases populares era la libertad y la igualdad de la miseria. Muchos resultaban pequeños para tomar parte en las luchas de la libre concurrencia. A éstos se dirige ahora el socialismo y pretende libertarlos, emanciparlos, acabando con el monopolio del capital en manos de los

pocos favorecidos de la fortuna. No debe, por lo tanto, maravillarnos oír cabe la cuna del socialismo el grito de: «La propriété c'est le vol», que medio siglo después habían de repetir Proudhon y Lasalle, lanzándolo como tea incendiaria entre las masas» (1).

Igualdad económica, abolición del capital monopolizado por unos cuantos, llevando al pueblo los medios de producción y reparto entre todos de la producción y sus bienes. Yo conozco vuestra cultura y sé que es innecesaria esta observación, pero no estará de más advertir que el socialismo no pretende, como muchos suponen, un reparto de las tierras ni del capital; repito una vez más que el socialismo lo que pretende es abolir la propiedad sobre los medios de producción y repartir el trabajo y sus productos entre todos los asociados, es decir, entre todos los que componen la sociedad. Un repaso a la historia del socialismo moderno nos hará ver que éste es su fin, aunque también veremos que cada uno intenta llegar a él tomando distinto punto de partida.

Abramos el libro de la historia del socialismo moderno y nos encontramos con Graco Babeuf que nos habla de igualdad económica. Trabajo obligatorio para todos con determinación legal del tiempo de trabajo, reparto del mismo entre todos los ciudadanos, prestación alterna para todos de los trabajos más desagradables, derecho de todos a los frutos y reparto de ellos entre cada uno; Saint Simón, tomando como idea la del concepto del trabajo, nos habla de que el trabajo es la fuente de todo valor y su discípulo Infantín toma el principio de su maestro, le da vueltas, lo tuerce y retuerce y exagerándolo, forzando el argumento, agregando un nuevo eslabón a la cadena de esta filosofía que agrava el problema, lo dificulta, lo imposibilita dice, si el trabajo es la fuente de todo valor las ganancias de los capitalistas y propietarios son injustas y deben abolirse, la brecha está abierta, el muro se ha resquebrajado y solo falta para entablar la lucha un esforzado capitán que enarbole la bandera, el momento se precipita y entre las muchedumbres se escucha el grito de que la propiedad es el robo; los ejércitos se preparan para la lucha sedientos de venganza y rebosantes de odio y ya no va a ser posible intentar concordia y armonía, ya no va a ser posible hablar de amor.

(1) Véase la notable obra *El Socialismo*, del P. Cathrein.

Sigamos. Carlos Fourier toma otro punto de vista y nos dice que los impulsos instintivos del hombre no deben reprimirse, sino satisfacerse (como véis, materialismo puro), y que ello se logra con la organización del trabajo y por medio de un sistema, que sólo él sabría cómo podía llevarse a la práctica; nos habla de que los propietarios, sin dejar de serlo, entreguen sus bienes al común, y por fin Roberto Owen, al que podría llamarse socialista práctico, establece en su fábrica de tejidos de New Lanark colonias comunistas, que fracasan de la manera más lamentable.

Etienne Cabet quiere también ensayar el socialismo y establece unas colonias comunistas, que después de alternativas y vicisitudes innumerables, se derrumban estrepitosamente.

Una ojeada más y nos encontramos con Luis Blanc que, fundándose en que la libre concurrencia es la reina del malestar económico, propone que el Estado emprenda la producción en grande escala, dando así al traste con la producción privada, y para no cansar más vuestra atención Fernando Lasalle con su famosa *ley de bronce o ley férrea del jornal*.

Hemos llegado al momento más interesante de nuestro estudio, nos encontramos ante la figura más saliente, ante el maestro del socialismo, ante Carlos Marx, al que se considera como el verdadero fundador del socialismo científico. ¿Qué fundamentos científicos son estos? ¿Qué razones son las que se exponen para decir que Marx es el fundador del socialismo científico? La concepción materialista de la historia y el descubrimiento del secreto de la producción capitalista, o en otros términos, el materialismo histórico y la doctrina del sobreprecio. Veamos.

La concepción materialista de la historia no es otra cosa que la declaración de que toda la historia del mundo, en sus instituciones políticas, jurídicas y religiosas, no es más que un gran proceso de evolución, en el que nada hay estable ni duradero y que todo progreso es el resultado de las condiciones económicas y de la consiguiente lucha de clases.

La concepción materialista de la historia, el materialismo histórico nos dice que la producción y la economía y, por tanto, los hechos económicos son los que determinan la base sobre que se sientan todas las instituciones políticas, jurídicas, etc., en una palabra las vicisitudes de la riqueza a través de los siglos explica la

historia toda de la humanidad y el proceso de la civilización: aclaremos todo esto: «Fuera de la naturaleza y del hombre no hay nada», esa es su filosofía, el materialismo histórico no es otra cosa en términos claros y concretos, que la negación de Dios, la negación de otra vida con premios y castigos, la negación del alma, la afirmación de que el hombre, aunque más perfecto, es un animal, y y nada más. El materialismo histórico, arroja por la borda todo el cristianismo y enseñándonos el reinado de la materia, nos ofrece el descubrimiento de que todas las relaciones sociales, etc., proceden de las relaciones económicas y hecho este descubrimiento que es el triunfo de la materia, el halago de las pasiones, la satisfacción de los apetitos corre triunfal, ni Dios ni alma ni compensaciones en la otra vida; «fuera de la naturaleza y del hombre no hay nada» se repite, y se arrebatan al hombre sus creencias, se le despoja de los sentimientos religiosos, y desaparecidos estos sentimientos las consecuencias son lógicas, porque es aquí donde todo se ha de obtener, puesto que otra vida no existe «fuera de la naturaleza y del hombre no existe nada, se le vuelve a gritar, y se arroja la carga de la religión que enseña la dependencia de Dios, un fin último y divino, un amor relativo a los bienes de la tierra temporales, fugaces y transitorios, la justicia y la caridad; «fuera de la naturaleza y del hombre no existe nada» y se arrinconan los últimos conceptos de moralidad y virtud; no hay más que materia, no hay más que producción y los cambios de la producción y del comercio son los que determinan todo el proceso de evolución, todo lo que no sea materia y producción no es otra cosa que exaltaciones ideológicas.

Se rompió el vínculo religioso y ello era irremediable; los poderosos y los ricos olvidaron la justicia y la caridad, los pobres rompieron los frenos de las pasiones; «fuera de la naturaleza y del hombre no hay nada», repetían todos, y todos reclamaban imperiosamente placeres y satisfacciones en esta tierra, y como la vida es breve y no todos podían satisfacer sus apetitos y sus pasiones, empezó la lucha; de un lado, la tiranía y la crueldad; de otro, el odio y la desesperación.

Decíamos que el descubrimiento del secreto de la producción capitalista, o sea la teoría del *plus valor*, es otro de los fundamentos del llamado socialismo científico. Vamos a ver la formación del capital según la teoría marxista antes citada.

El propietario, cuando por sí mismo no se basta para hacer frente a la producción, tiene que buscar la prestación del trabajo de otros que recompensa mediante el jornal o salario. Las riquezas se van multiplicando y se llega a la formación de grandes capitales. Veamos si es legítima esta formación. Marx nos ha legado su teoría por la que nos explica el desarrollo económico moderno, que vamos a ver. Es ingeniosa y ella, como todo lo que vamos estudiando, nos confirma que «El socialismo es, desde el punto de vista doctrinal, un sistema filosófico, histórico y económico, que todo lo abraza» (1). Según Marx, hay que distinguir dos valores. El *valor en uso* y el *valor en cambio*. El valor en uso consiste en la utilidad de una cosa para satisfacer una necesidad y se funda en sus condiciones físico-químicas. El valor en cambio consiste en la relación según la cual puede permutarse con otra; según Marx, se funda solamente en el trabajo. El valor en cambio de una mercancía, dice Marx, únicamente depende de la cantidad de trabajo que contiene en sí.

Pasemos por alto este punto que seguramente llamará vuestra atención y del que nos ocuparemos más tarde. Sentado lo anterior, dos mercancías que contienen la misma cantidad de trabajo humano necesario, tienen por lo mismo idéntico valor en cambio.

Ahora bien, seguimos a Marx, al igual que en la demás mercancías, también hemos de distinguir en la fuerza del trabajo el valor en uso y el valor en cambio, y este valor en cambio no es otro que el precio de los medios de subsistencia que normalmente exige la alimentación y conservación de la fuente del trabajo. «Pero ésta, nos dice, tiene además su valor en uso, don natural que al obrero no le cuesta nada, pero al capitalista le produce mucho».

Escuchemos a Marx, que sus palabras en estos momentos son para nosotros de gran valor:

«El precio en cambio de la fuerza de trabajo y su aprovechamiento en el proceso de la misma, son dos valores distintos. La diferencia entre ambos es la que tiene a la vista el capitalista al comprar fuerza de trabajo. Lo que el capitalista paga es el valor en cambio del trabajo únicamente, pero lo que él persigue es el

(1) P. Rutten.—*Manual de estudios sociales*, pág. 74.

»precio en uso característico de esta mercancía, que no sólo es
»fuente del precio, sino de más precio que el que ella misma tiene.
»Este es precisamente el servicio propio que del trabajo comprado
»aguarda el capitalista. Y en esto procede en armonía con la ley
»eterna del cambio, porque de hecho el que vende su trabajo, como
»el vendedor de otra cualquiera mercancía, hace efectivo su valor
»en cambio y cede su valor en uso; y no puede recibir el primero,
»sin desprenderse por completo del segundo; pues el valor en uso
»de su trabajo vendido no pertenece más al vendedor, que el valor
»en uso del aceite vendido al que lo vendió. Desde el momento en
»que el capitalista paga el precio de un día de trabajo, a él le co-
»rresponde disponer del uso de ese mismo trabajo durante todo el
»día. Ahora bien, que se da el caso de que la conservación diaria
»de la fuerza del trabajo (valor en cambio) cuesta el producto de
»trabajo de medio día solamente, de suerte que el trabajo total de
»un día produce un precio que equivale al doble del jornal del día;
»eso será una fortuna para el comprador del trabajo, pero no en
»manera alguna una injusticia para con el trabajador. Nuestro ca-
»pitalista ha previsto este caso, que le hace sonreír de satisfacción
»y el obrero halla en los talleres medios de producción suficientes
»para el trabajo, no de medio día, sino del día entero.»

Un ejemplo aclara todo esto. Supongamos que un obrero necesita para vivir, es decir, para los medios de subsistencia, seis pesetas al día.

Este será el valor en cambio de su trabajo y el salario que por él recibe. Supongamos ahora que cinco horas de trabajo bastan para producir un valor en cambio igual a seis pesetas. A esta parte del tiempo de trabajo es a lo que Marx llama tiempo necesario de trabajo, pero el capitalista utiliza por espacio de ocho horas al día la potencia del trabajo, en vez de cinco horas. Ahora bien, el valor producido durante las tres horas restantes queda a favor del capitalista y constituye el *plus valor*, que según frases del mismo Marx, *le sonríe con los encantos de una creación de la nada*.

Claro está que si el obrero trabajara solamente el tiempo que antes llamamos de trabajo necesario, es decir, el tiempo que necesitaría para producir otro valor igual al salario que recibe, el capitalista no recibiría *plus valor*, no obtendría sobreprecio, más claro, no ganaría nada, puesto que recibiría en mercancía o en otra

forma la seis pesetas que ha dado como salario al trabajador. Así se explica el interés de los capitalistas en alargar la jornada todo lo posible, sobre el tiempo de trabajo necesario.

Este sobreprecio queda a favor del capitalista, se aplica a nueva producción, se transforma en capital, y por consiguiente, y la adquisición de nuevo sobreprecio, es decir, de nuevos valores a plus valores, aumentando de esta forma indefinidamente el capital.

Según Marx, el capital no es otra cosa que el fruto de la explotación del trabajo, o más bien, trabajo robado, y esto no sólo en las fábricas, industrias, sino en todas las explotaciones, ya sean industrias manufactureras, ya se trate del comercio o de la agricultura. Su obra *El Capital*, en el capítulo VII, lo dice claramente, oigámosle:

«Todo *plus valor*, bajo cualquier forma que cristalice, llámese interés, renta o provecho, no es más que la materialización de una cierta duración de trabajo no pagado. El misterio de la productividad del capital se reduce a este hecho: que el capitalista dispone de una cierta cantidad de trabajo que no paga en manera alguna.»

El capitalista, pues, va acumulando capitales y por tanto nuevos medios de producción, amplía sus fábricas para hacer frente a la concurrencia libre, siempre en el supuesto de que, poseyendo sólo ellos los medios de producción, ha de haber siempre en el mercado obreros libres, «libres en el sentido de que libremente puedan disponer de su trabajo, pero esclavos en el sentido de que carecen de medios de producción». Este ejército de obreros que se forma, y que está siempre disponible, es al que llama Marx «la reserva del ejército industrial», dispone de él la industria cuando tiene que trabajar a todo vapor y lo lanza nuevamente al arroyo cuando no lo precisa. Vamos a presentaros una de las fórmulas matemáticas que emplea Marx, explicativa de la magnitud del *plus valor*, y que nos aclarará lo que hemos dicho respecto a la acumulación de capitales.

Sepamos antes que la totalidad del capital empleado para lograr el sobreprecio, se divide en dos partes: capital fijo y capital circulante. Sepamos también que por capital fijo se conoce la parte que se dedica a la obtención de maquinaria, primeras materias, instalaciones, etc., y por capital circulante la parte que se dedica a salario del obrero.

Conocido esto, señalemos por C el total del capital empleado y tendremos al empezar la producción: $C=c + v$. Al finalizar ésta tendremos: $C'=c + v + m$, es decir, a capital fijo más capital circulante, más *plus valor*, representando m la cantidad de trabajo no retribuido, o sea el sobreprecio.

Si queremos conocer la relación en que crece el capital, suprimiremos c , puesto que representando siempre el capital se halla siempre en el producto, y tendremos $\frac{m}{v}$, o sea la tasa del sobreprecio.

Terminemos: Los capitales se acumulan por la teoría que hemos examinado indefinidamente y Marx nos dice que a la acumulación del capital corresponde la acumulación de la miseria, que la acumulación de la riqueza en un polo lleva acumulación de miseria, fatiga, esclavitud y degradación al polo contrario, es decir, a la clase que produce su propio producto en forma de capital.

La igualdad económica de todos los hombres es otra de las bases del socialismo. Todo, absolutamente todo en el socialismo se supedita a un fin, a un deseo, a un objeto, a la igualdad de todos los hombres, no sólo en el orden político, que ya dió por resuelto y conquistado la revolución francesa con su lema «Libertad, igualdad y fraternidad» y el liberalismo, sino en el orden económico. Esta es la principal base del socialismo, su aspiración a una igualdad en que quede abolida toda diferencia de clases, siendo todos trabajadores y tomando todos parte en el reparto de los productos.

En resumen: las bases fundamentales de la futura sociedad son: abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción y traspaso de éstos a ser propiedad de la colectividad; la socialización de la propiedad productiva lleva consigo la organización de la producción, el reparto y tiempo de trabajo y la determinación de las necesidades para el reparto de los productos.

Estas son las doctrinas del socialismo, sin que esto quiera decir que todos los socialistas piensen de igual forma en todas las cuestiones de que en esta conferencia hemos tratado. Hasta aquí, pues, la exposición de doctrinas, pero ahora nos queda por ver, primero, de qué medios se ha de valer el socialismo para establecer la nueva sociedad; segundo, cómo había de organizar y establecer el reparto de trabajo y la distribución de productos.

El estudio de los medios de que ha de valerse el socialismo

para establecer la nueva sociedad, lo haremos examinando sus programas, que ya nos dicen bastante respecto a su plan. De uno de ellos tomamos estas palabras:

«La historia de toda sociedad hasta el presente, se reduce a la historia de la lucha de clases». El socialismo nos explica la evolución de la sociedad, la historia de la sociedad por la lucha, por el antagonismo de las clases, «esa lucha de clases que nos ha traído a la triste situación de odios que estamos presenciando, esta situación en que el poderoso considera al pequeño como una simple máquina de producción, que conviene explotar sin piedad y sin escrúpulos; el pequeño mira al acaudalado como un vampiro que se enriquece y engorda a costa de su sangre y de su sudor, a quien conviene aplastar y exterminar como monstruo devorador de su vida y de su substancia» (1), pero dejémonos ya de filosofías y vengamos a la realidad y veamos, colocados dentro de ella, cómo pretende el socialismo establecer las bases de la sociedad del porvenir.

Hemos venido con ánimo de hablar alto y claro, no venimos dispuestos, y así lo dijimos en la primera conferencia, a ponerle sordina a nuestra voz; queremos decirlo todo como es, o a lo menos como creemos que es, y en este estudio habrá verdades para todos, que también precisamos oír algunas las que militamos en la acción social católica, y ojalá sirvieran para hacernos salir de la postración, quietismo e inactividad (aunque otra cosa querían aparentar algunos que con una falta de comprensión no ven clara la realidad) que es llegada la hora de salir decidida y valerosamente a la defensa ordenada, pacífica, pero enérgica de los que sufren y padecen.

Es inútil negarlo, digo; el socialismo quiere llegar a la abolición de la propiedad privada en lo que toca a los bienes productivos, por medio de la revolución social. Ciertamente que cuando se habla con esta claridad, se nos contesta que no es por medio de la revolución, sino de la evolución o por medio de la revolución legal y pacífica, pero yo digo a esto que si dispusiéramos de tiempo para historiar esta parte del socialismo, encontraríamos sobrados argumentos que nos demostrarían que el socialismo es un partido esencialmente revolucionario.

(1) Dr. Llovera.—*Tratado Elemental de Sociología cristiana.*

El socialismo trata de ir, por medio de la lucha de clases y por la prapaganda, preparando el camino para la revolución social. ¡Ah! pero procurarán no hacer esto hasta que se consideren fuertes, cuando llegue este momento «llamarán en su ayuda a la fuerza bruta y a la violencia».

Está demostrado hasta la saciedad, que los planes del socialismo solo pretenden realizarse por la destrucción violenta de todo el actual orden social; pero aunque no tuviéramos estas demostraciones, aunque la historia toda del socialismo, aunque los manifiestos del partido en todos los países y en todas las épocas, aunque las palabras de todos los doctores socialistas y toda su literatura, no nos hubiera descubierto mil veces con una claridad diáfana que la revolución es el medio por el que pretenden establecer la futura sociedad, nos bastaría esta consideración. Meditemos un momento. Los bienes productivos en el estado del porvenir han de pasar al Estado, éste se ha de encargar de organizar la producción, de señalar y repartir los trabajos entre todos los ciudadanos, porque como ya hemos dicho, la igualdad del nuevo orden de cosas que el socialismo nos prepara consiste en que todos los ciudadanos trabajen y en que alternen todos en los trabajos, en una palabra, los instrumentos de trabajo se convertirán en bien común de todos y se reglamentará la producción; pero mejor será que os hable por boca de Liebknecht, una de las más ilustres figuras del comunismo.

«¡Abajo el sistema de salario! Esta es la aspiración fundamental de la democracia social. En lugar del trabajo asalariado con su dominación de clases, debe implantarse el trabajo social. Los instrumentos del trabajo dejarán de ser monopolios exclusivos de una clase, para convertirse en bien común de todos. Nada de explotados ni de explotadores. Reglamentación de la producción y reparto de los productos en interés de la colectividad, abolición del comercio actual, que es engaño puro. En el orden de igualdad los trabajadores llevarán a cabo los trabajos que sean necesarios para todos los miembros de la colectividad. En vez de patronos y esclavos del salario, libres compañeros. El trabajo no será tormento para nadie, porque será obligación de todos. Una existencia decorosa para quien cumple sus deberes con la sociedad y para que todo esto se pueda realizar, un Estado democrático, el Estado de todos y para todos; el Estado que sea. La sociedad organizada

según la razón y la justicia, la institución general que garantice la dicha y la cultura, la paternal unión de hombres iguales y libres.»

Decidme, señores: ¿Es que todo esto se ha de lograr por la persuasión? Ya sé que Carlos Marx, de quien nos hemos venido ocupando y cuyas doctrinas hemos estudiado, afirmaba que las mismas leyes, por las que el capitalismo explotaba y oprimía al obrero, serían las que producirían otro orden social más elevado, y que, a medida que esto fuese sucediendo, se iría acercando el momento en que los obreros harían saltar en pedazos las cadenas con que los tienen aprisionados los capitalistas, que entonces serían expropiados los mismos expropiadores, en una palabra, la *expropiación de unos cuantos usurpadores por las masas populares*; pero todos los que han dedicado alguna atención a los estudios sociales, han visto que los pronósticos de Marx para la futura sociedad han sido desmentidos por los hechos, y vuelvo a repetir: sí es así; y que así es nos lo demuestra la historia toda. ¿Por qué medios ha de implantarse esa futura sociedad? ¡Ah!, es que los hombres dejarán de ser egoístas y avaros, es que el amor al trabajo y la obediencia van ahora a ser moneda corriente en los hombres, es que en adelante todos seremos laboriosos, humildes y nos sacrificaremos por el bien común, es que los poderosos, los propietarios, grandes y pequeños, van de buen grado a entregar sus bienes a la colectividad y se van a convertir en trabajadores en la nueva sociedad en que todos hemos de ser iguales, es que los hombres se convertirían en ángeles y querubes alados; señores, no hace falta buscar muchos argumentos; pues qué, ¿no se vé claramente que esto no puede realizarse si no es por una profunda transformación, y que ésta no puede llevarse a cabo a no ser por una violenta revolución?

«Su blanco no es dar golpes de Estado, sino conquistar progresivamente todos los poderes públicos, y sin apresurarse ni apurarse, imponernos mediante una serie de leyes y de impuestos indirectos un colectivismo que no asuste a los que no tienen mucho que perder en un cambio de régimen. Esto es, en el orden económico, la generalización del sistema de la revolución por etapas» (1).

Pero demos por sentado que nos encontramos ya en el nuevo

(1) P. Rutten.—*Manual de estudios sociales*, pág. 77.

estado. La revolución, o si queréis, el convencimiento y la persuasión ha llevado a los hombres a entregar todos sus bienes al común y la virtud es patrimonio de todos los hombres. Ya estamos en la nueva sociedad, pero ahora, ¡qué disilusión! Todo se va a ir por tierra, se ha destruido una sociedad para crear en su lugar otra nueva, pero ¿cómo se ha de llevar a cabo en la nueva fase social la organización de la producción? Por la determinación de las necesidades; pero esto presenta una gravísima cuestión y de tal importancia, que da al traste con todo el nuevo edificio. Estamos en el nuevo estado y podemos determinarnos nosotros mismos nuestras necesidades y si así no fuese, poco o nada habríamos adelantado, la conquista sería irrisoria, además, no olvidemos que «a cada uno, según su capacidad, a cada cual, según sus necesidades». ¿Pero no salta a la vista que a las 24 horas del nuevo régimen social no habría producción posible, no ya en los objetos de lujo, sport y recreo, sino ni en los mismos de consumo ordinario que pudiera hacer frente a la extraordinaria demanda que tal sistema acarrearía?

Y si la organización de la producción y la determinación de las necesidades, hacen ya imposible el socialismo, ¿qué diremos de la distribución de los trabajos? ¡Ah! es que los doctores del socialismo nos dicen que en la nueva sociedad los trabajos, más que trabajos serán recreos, pues todo se hará por procedimientos mecánicos que harán desaparecer la penosa prestación de hoy día, a más; como consecuencia de la sabia organización que ha de existir bastarán dos o tres horas de trabajo diario. En la nueva y flamante sociedad, en el futuro paraíso, cada uno, escuchad, son frases que tomamos del socialismo «cada uno podrá hacer su viaje de vacaciones, visitar países extranjeros, nuevos continentes y colonias de toda clase». Señores, ni el tiempo lo permite, ni es necesario esforzarse para demostrar la imposibilidad del socialismo, la imposibilidad del sistema igualitario que es su primer presupuesto utópico e irrealizable.

Terminemos: El socialismo es hoy para la inmensa mayoría de las gentes un partido, un sistema puramente económico en el que sólo se defienden cuestiones como el aumento de salario, horas de trabajo, despido de obreros; era necesario el examen que hemos hecho para que sepamos a qué atenernos en el asunto, y para que conozcamos las aspiraciones del socialismo. No, no son esos sus

postulados, no son esos sus fines, a lo más diríamos que esa es su táctica; si esos fueran sus fines podríamos también llamarnos nosotros socialistas. ¿Pues qué no aspiramos nosotros resueltamente a la reforma social? ¿Es que nos avenimos nosotros sin la más enérgica protesta a la opresión, a la injusticia y al despilfarro? ¿Acaso estamos nosotros conformes con la actual desigualdad que permite que unos vivan *sin trabajar*, habitando suntuosos palacios y haciendo ostentación de un lujo desatinado, mientras otros con un trabajo abrumador pasan toda clase de privaciones careciendo a veces hasta de lo más indispensable, habitando una insalubre guardilla? ¡Cómo hemos de estarlo. Si podemos decir con un notable sociólogo español «ni la igualdad que predica el socialismo ni la irritante desigualdad actual!»

Ya lo hemos visto, el socialismo pretende destruir el actual edificio social para levantar otro nuevo; nosotros, como alguien dijo, pretendemos construir con materiales antiguos edificios nuevos. ¿Cómo? ¿Con qué programa? Esto es lo que vamos a ver en nuestra tercera conferencia, que como dijimos está dedicada a la acción social católica.

HE DICHO.

TERCERA CONFERENCIA

LA ESCUELA CATÓLICA

(ACCIÓN SOCIAL CATÓLICA)

Señoras, señores:

Decíamos en los principios de nuestra segunda conferencia, que dos bandos, cuya importancia no podíamos, no debíamos, y por otra parte sería inútil negar, se llamaban los poseedores del secreto que había de solucionar el problema social. Dos escuelas con filosofía no distinta, sino contraria, se consideraban las salvadoras de las muchedumbres trabajadoras, del proletariado. La escuela socialista que con Carlos Marx llega a ocupar el trono del reinado socialista, y la escuela católica que con León XIII y con sus sabias encíclicas define y señala claramente, sin dudas ni ambigüedades, hasta dónde deben llegar y son legítimas las aspiraciones de las clases proletarias, y de la misma forma indica a los poderosos y capitalistas, cuál es su deber y cuál el uso que deben hacer de la propiedad y del capital.

Hemos hecho en la segunda conferencia un estudio modesto, modestísimo, de la escuela y de la filosofía socialistas, y hemos pretendido, aunque ignoro si lo habremos sabido hacer, presentar sus principales teorías con imparcialidad, porque entendemos, que a todos, amigos y adversarios, debemos mostrar la más escrupulosa imparcialidad; somos en esto humildes pero, disciplinados discípulos de Santo Tomás de Aquino, que presentaba siempre la doctrina de sus adversarios sin exposiciones tendenciosas.

Queremos hacer lo mismo con la exposición de las doctrinas sociales del catolicismo, y solamente en nuestra última conferencia, como ya tenemos anunciado, es donde haremos una labor de

comparación, y diremos claramente, sin equívocos, sin distinguos, el camino que debe, a nuestro juicio, emprenderse sin dilación y sin espera, y no estará de más anunciar que no somos veraces, si decimos solo a nuestro juicio, pues en el mismo nos acompañan otros muchos hombres, cuyo consejo valioso hemos creído conveniente recabar antes de acometer esta empresa, y aunque, a decir verdad, no llevamos gran confianza en el éxito en medio de tantos egoísmos y en estos tiempos en que tanto abundan los cucos y los indiferentes, no retrocedemos porque valiéndonos de las palabras de uno de los hombres ilustres a quienes hemos consultado, ilustre para mí ante todo y sobre todo por su alteza de miras y nobleza de procedimientos, diré «en último caso tranquilizaremos la conciencia, si en el trance histórico podemos repetir en verdad las famosas palabras —yo lo he querido, fueron los hombres los que no lo quisieron.—

Pero observo que nos adelantamos, que nos salimos del objeto de esta conferencia, y que precipitamos nuestra labor apartándonos del camino que nos hemos propuesto seguir.

Volvamos, pues, a nuestro asunto y decíamos que en la presente hora corresponde, siguiendo el orden marcado, ocuparnos de la escuela católica. Veamos.

Los puntos del socialismo que hemos expuesto en nuestra anterior conferencia y que nos conviene recordar son: Materialismo histórico, teoría del «Plus valor» o doctrina del sobreprecio por la que se crean y acumulan los capitales. Abolición de la propiedad sobre los bienes productivos, igualdad política y económica y lucha de clases.

Estos son, como hemos visto, los puntos filosófico-doctrinales del socialismo y hemos dado también una ojeada a lo que hace actualmente a lo que hemos llamado su táctica, que es, a lo que debe, ¿a qué negarlo? el número de partidarios que cuenta en sus filas.

Veamos qué programa presenta frente a éste la filosofía católica. Frente a la concepción materialista de la historia, la concepción espiritual, frente a la teoría del «plus valor» que dice que la única fuente de valor es el trabajo humano, y que de consecuencia en consecuencia llega a declarar que debe abolirse la propiedad, el respeto a la propiedad por ser de derecho ¿natural? y por último frente a la igualdad económica y la lucha de clases al catolicismo le bastan estas palabras: «Amaos los unos a los otros».

Pero vamos a salir al paso de algunas suspicacias, porque acaso pueda suponer alguien que el catolicismo, al oponerse a los puntos del programa socialista, hace solo una labor negativa, no tiene un plan de reformas sociales. No nos impacientemos; a ello llegaremos y veremos que el programa puede satisfacer las mayores exigencias y ¿cómo no? ¿Cómo el catolicismo que se distinguió siempre por su ayuda a los débiles, a los desheredados de la fortuna, a las clases ínfimas de la sociedad, no había de poseer en los tiempos actuales una filosofía completa, acabada, justa, en que estuvieran todos los derechos garantidos y todas las explotaciones condenadas? ¿Pues qué? Había de cerrar los labios el catolicismo y al ver en «el orden económico la libertad de usura, libertad de monopolio de hecho, libertad de contrato de trabajo, libertad, en una palabra, de indigna y cruel explotación de las grandes muchedumbre de desheredados, y de lucha feroz en que necesariamente debían sucumbir los más débiles, la abolición del régimen corporativo que hacía frente a la clase media que en un régimen de libre concurrencia le empujaba irremisiblemente al proletariado» (1), la disolución del santuario de la familia separando del hogar al niño y a la mujer para llevarlos a la fábrica, y como dice Cetty, la mujer desde el momento que se hace obrera deja de ser mujer. «En lugar de una vida recogida, púdica, de caras afecciones, tan necesarias a su felicidad como a la nuestra, vive bajo el yugo de un contraamaestre en medio de compañeros de dudosa moralidad, separada de su marido, y en continuo contacto con hombres que no son su marido»; cuando se ven conculcados todos los derechos en beneficio de los que poseen, de los que gozan, y en perjuicio de los que trabajan y de los que padecen, ¿había de cerrar repito sus labios el catolicismo ante este estado de cosas, y no había de salir a la defensa de las clases humildes de la sociedad, definiendo lo dudoso, dictando normas claras y concretas en defensa de los que sufren y padecen? No! la escuela católica presenta un programa completo, acabado, justo y ello a su debido tiempo lo veremos. Ahora hemos de seguir el orden que nos hemos marcado, que es el mismo que seguimos al estudiar la escuela socialista.

Vimos al socialismo por medio de un examen de su historia en

(1) Llovera.—*Manual elemental de Sociología cristiana.*

la antigüedad y a los precursores del socialismo moderno; también vamos a ver a los precursores del actual movimiento social católico; hemos visto en el socialismo el materialismo histórico; vamos a ver aquí la historia espiritual y cristiana; vimos allí los fundamentos para abolir la propiedad; vamos a exponer aquí las razones que hay para considerar legítima la propiedad; vimos allí, por último, la igualdad económica y política; vamos a ver ahora si la igualdad es posible, y si la desigualdad no brota de las mismas condiciones de la naturaleza humana, y para acabar, cerrábamos aquel estudio con la lucha de clases; cerraremos éste con la armonía y el amor de las clases.

Los documentos de más valor y de más importancia que al hablar de la cuestión social católica, refiriéndonos a la antigüedad, podemos citar, son los palabras del Salvador y su evangelio: *A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César*. ¿No es ya una notable lección de derecho? *Siempre habrá pobres y ricos entre vosotros*, dice Jesucristo dirigiéndose a las turbas, y nos dice con ello que la desigualdad ha de existir siempre; y estas palabras están más y más confirmadas con aquellas otras del sermón de la montaña: «Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia, los que tienen hambre y sed, los que sufren y trabajan, porque de ellos será el reino de los cielos.» ¡Ah!, estas palabras son la gran lección, la divina enseñanza de que en este mundo ha de haber siempre quien sufra, quien padezca persecuciones, quien lllore, aunque todos los doctores, todos los príncipes y todos los legisladores, de acuerdo, inunden el mundo con leyes y con disposiciones encaminadas a labrar la felicidad de los pueblos. Viene a mi memoria una anécdota, que voy a referiros. Escuchad. Uno de los mortales más halagados por la fortuna, uno de los más grandes soberanos de la Edad Media, escribió al morir estas palabras: «He reinado cincuenta años y mi reinado ha sido siempre pacífico o victorioso, amado de mis pueblos, respetado de los príncipes más poderosos de la tierra; he tenido cuanto pudiera desear, poder, honores, riquezas y placeres, pero he contado escrupulosamente los días que he gustado de una felicidad sin amargura y sólo he tenido catorce en mi larga vida.» Y es, señores, que no debemos olvidar que esto es un valle de lágrimas.

Esta es la diferencia, la enorme diferencia que separa el catolicismo del socialismo y que veremos después cuando hablemos de la espiritualidad de la historia; el catolicismo proclama que el hombre es dependiente de Dios, el socialismo dice, como vimos, que «fuera de la naturaleza y del hombre no hay nada»; el catolicismo que esto es un valle de lágrimas; el socialismo que hay que hacer de la vida un paraíso de placeres.

Al igual que hicimos al estudiar la escuela socialista y su filosofía, dejaremos la antigüedad y vendremos a la época moderna, después de la revolución francesa, en que el movimiento social católico aparece pujante y poderoso.

En los principios del pasado siglo vemos en Francia a Chateaubriand, De Bonald y De Maistre, y después Laménais, Montalembert, Lacordaire; en Italia, después del Cardenal Gerdili, a Balbó, Cantú, Ventura, Rosmini y Taparelli; en Inglaterra a Kenedy-Digby y a Wiseman y Nevoman, y para no citar más nombres extraños, en nuestra patria Balmes y Donoso Cortés y cierra todos estos nombres el de Le Play con su escuela llamada de la paz social que va preparando el camino al reformismo social católico. Después de toda la labor de estos hombres ilustres y otros muchos que hemos omitido, labor indeterminada, vemos aparecer la *escuela católica* con programa bien concreto y definido. La escuela católica tiene tres fracciones, la de los católicos liberales o «Escuela de Angers», la de los reformadores católicos o «Escuela de Lieja» y la Democracia cristiana. Vamos a dejar para la última conferencia el estudio detallado de estas tres fracciones que corresponden a otras tantas tendencias, de lo que resultará que, aunque dijimos al principio que la última conferencia sería un estudio de comparación para ver a cual de los dos grandes ejércitos, si al socialista o al católico debíamos unirnos, tendrá además otro fin, el de ver cuál de las tres fracciones citadas tiene nuestra simpatía; pero haremos constar que al hablar de las distintas tendencias que separan a las tres escuelas nos referimos a diferencias de orden económico, de las que nos vamos a ocupar ligeramente, pues como antes decimos, su estudio más detallado lo haremos en la última conferencia.

La escuela de Angers diríamos es la escuela de la libertad; el Estado debe limitarse a la protección y defensa de los derechos,

cuando el particular está imposibilitado para defenderlos; por lo demás a ellos les basta con la libertad y por lo que respecta a los principios y medidas de reforma social, sostienen el derecho de propiedad absoluta, rechazan la asociación de obreros solos, admitiendo la mixta y el patronato ejercido por los amos y jefes y cifran toda su esperanza en la educación religiosa, esperándolo todo de la caridad.

La escuela de Lieja o de los reformadores católicos, cuyo programa puede decirse que está contenido en las siguientes palabras del Conde de Mun, pronunciadas en su discurso de Saint-Etienne:

«A mi modo de ver, el conjunto de nuestras reivindicaciones debe aspirar a asegurar el pueblo el disfrute de sus derechos esenciales, desconocidos hoy por el régimen individualista; la representación legal de sus intereses y de sus necesidades, en vez de una representación meramente numérica; la preservación del hogar y de la vida de familia, la posibilidad de que cada uno pueda vivir y mantener a los suyos con el producto de su trabajo, con alguna garantía que le liberte del azar y de la inseguridad que destrozan su vida con los accidentes, la enfermedad, el paro o la vejez; el seguro contra la miseria inevitable, la facultad de poder participar de los beneficios y aun de la propiedad de las empresas a que presta el concurso de su trabajo; y por último la protección contra el agiotaje y la especulación que agotan los ahorros del pueblo y lo condenan a la indigencia.»

La Democracia cristiana se propone el bien común y el bien especial de las clases inferiores y los puntos importantes de la reforma social que persigue son: la abolición del salario, implantando el sistema de participación en los beneficios, administración de las industrias por los mismos obreros asociados, asociación puramente obrera, distinción de clases sólo en el talento, virtud y honradez. Bástenos, por ahora, conocer lo expuesto, ya que sobre ello hemos de volver detenidamente en nuestra próxima última conferencia.

Dijimos que con Carlos Marx el socialismo subió a la cumbre y con él tomó el nombre de socialismo científico y con León XIII que, como dice Dehon, escribió en más de veinte Encíclicas la *teología social* de la Iglesia, la acción social católica floreció gracias a las orientaciones de la «*Rerum novarum*».

El Papa de los obreros no creyó oportuno callar al ver la guerra

que se entablaba con motivo de las modernas condiciones de la industria y el trabajo, de las nuevas relaciones que se establecían entre patronos y obreros, de «haberse acumulado las riquezas en unos pocos y empobrecido la multitud» y ante la gravedad del problema que preocupa por igual a patronos y obreros, a doctos e ignorantes, a reyes y legisladores, y aunque el mismo Pontífice reconoce y declara la dificultad del problema y los peligros que ofrece su resolución, porque, en efecto, es labor difícil la de dar justa medida de los deberes y derechos en que los ricos y los pobres, capitalistas y operarios deben sostenerse, a pesar de todo ello levanta su voz y dirigiéndose a los pobres y a los ricos señala a cada grupo sus derechos y obligaciones, a las autoridades hasta dónde debe llegar su intromisión en estas cuestiones y a todos, por fin, enseña que el problema social es de imposible solución si se prescinde del catolicismo, porque lo indispensable para la reforma social es el renacimiento del verdadero espíritu cristiano, pues las medidas legislativas no pueden crear más que la estructura externa del nuevo orden de cosas, pero el espíritu interior que las anime ha de venir del cristianismo. Ved aquí formulado el espiritualismo de la historia ante la concepción materialista, dogma fundamental del socialismo de Carlos Marx, de que nos ocupamos en la conferencia pasada.

Ante la declaración de que «fuera de la naturaleza y del hombre no hay nada» y de que «todo ser es materia y el movimiento es un modo de ser de la materia», el catolicismo parte de la creación del hombre por Dios, que es eterno e inmutable creador, Señor y fin de todas las cosas, afirma la existencia de un alma espiritual e inmortal y un más allá con compensaciones, con premios y castigos y ante el materialismo, que como vimos, nos explica la historia toda de la humanidad por la producción y por los cambios de la misma, por los agentes económicos, en una palabra, el catolicismo no olvida el principio, harto conocido, de que primero es vivir y después filosofar, conformes ¿cómo no? con que las condiciones económicas de cada época han podido, y de hecho han influido, en las evoluciones históricas y en sus distintos aspectos y cambios políticos, filosóficos, jurídicos y morales, pero de esto a que las causas últimas de todas las transformaciones se han de buscar en los cambios de la producción y del comercio, hay una enorme distancia.

«Es completamente falso que de la naturaleza misma del hombre no se puedan deducir consecuencias necesarias sobre las instituciones sociales. Aunque el hombre es perfectible y puede evolucionar, conserva, sin embargo, siempre en lo esencial la misma naturaleza y las mismas inclinaciones. Es y permanece siendo un ser espiritual y sensible, que siente en sí mismo inclinación al placer, al ocio, al egoísmo, a la ambición, a la ira, y que sólo por el vencimiento propio puede la razón mantener su soberanía sobre los apetitos del sentido.» (1)

¡Que los agentes económicos son los únicos que determinan el evolucionismo de la historia! Pero, señores, ¡no es de ayer la célebre frase: no sólo de pan vive el hombre! Y ¿qué duda cabe que al lado del progreso y de la civilización, del vapor y de la electricidad, que nos asombran en estos hermosos días de descubrimientos y de maravillas en el siglo de las luces, en que cada una de las ramas del saber humano presenta una no interrumpida serie de grandiosidades y de conquistas, en que vemos y nos asombramos ante las maravillas que ha realizado la geología, la química y la mineralogía; las ciencias naturales, ante los grandes adelantos de la antropología, por la que conocemos hoy al ser humano con la misma perfección con que puede conocerse la máquina más vulgar y corriente; ante la biología, por la cual y por los procedimientos analíticos que hoy posee, ha llegado al conocimiento más perfecto de todo el proceso de la vida; ante la ciencia médica y la quirúrgica; ante el descubrimiento de las ondas eléctricas y de la telegrafía sin hilos; qué duda cabe que al contemplar todas estas conquistas materiales, todos estos triunfos de la materia, el espíritu se levanta poderoso y reclama sus más caros ideales, sus esperanzas y sus consuelos, sus grandes ideales de Dios, alma, conciencia, pudor, familia, amor conyugal, educación, autoridad, espíritu de sacrificio; acabemos: fe, esperanza y caridad?

¡Materialismo de la historia y de la vida! Espiritualismo de la historia digo yo cuando veo a San Vicente de Paúl y a San Juan de Dios abrazados a los pobres y prodigando consuelos a los leprosos y a los enfermos; espiritualismo de la historia son los éxtasis de Teresa de Jesús «que muere porque no muere», y los afanes y desve-

(1) *El Socialismo*, P. Cathrein pág. 109.

los, sin pago ni premio, de Cristóbal Colón; espiritualismo de la historia es el famoso edicto de Milán que publica Constantino el grande y que pone fin a la persecución contra el cristianismo, como espiritualismo de la historia fué toda la sangre derramada en los circos romanos; espiritualismo de la historia proclaman constantemente las catacumbas de Roma, espiritualismo de la historia es la famosa conquista de Méjico realizada por Hernán Cortés y la no menos famosa vuelta al mundo de Sebastián Elcano; espiritualismo de la historia fueron las cruzadas y su paladín Godofredo de Buillon, entrando triunfante en Jerusalén en julio de 1099; espiritualismo de la historia el de la herofna Agustina de Aragón y el de tanto y tanto mártir de la lealtad; espiritualismo de la historia y de la vida, el de San Martín, que entrega a un menesterozo la mitad de su capa y el de los héroes anónimos que dejan extraer su sangre o cortar su piel para que sirvan de alivio o de vida a sus semejantes.

La teoría del «Plus valor» o del sobreprecio que estudiamos en la segunda conferencia, lleva consigo la acumulación de los capitales, la formación de los ejércitos de reserva industrial y de todo ello deduce el socialismo que debe abolirse la propiedad sobre los medios de producción.

En primer lugar, la teoría del sobreprecio, como vimos, tiene su fundamento en la afirmación de que *la única fuente de valor de cambio es el trabajo*, afirmación con la que no podemos conformarnos.

Un examen ligero de las causas que determinan el valor en cambio de un objeto o mercancía cualquiera, nos hará ver sin gran trabajo que en el precio influyen distintos elementos cuales son la *utilidad* y la *necesidad*. Los tres factores combinados determinantes del valor, dice el Dr. Llovera, son utilidad, oferta y demanda, trabajo.

«Una agua mineral, existente en poca cantidad y dotada de excelentes propiedades medicinales, se vende a buen precio, a pesar de que tal vez su alumbramiento ha costado poquísimo trabajo, en razón a su utilidad y a la escasez de la oferta. Menos valdría, costando el mismo trabajo, si existiera en cantidad mayor, o si fuera menor su utilidad.

Verdad es que de dos productos equiparables desde el punto

de vista de su utilidad y de su necesidad podrá alcanzar mayor precio en el mercado el que cueste mayor cantidad de trabajo, pero también se puede asegurar que, a no ser por su utilidad y por la necesidad que de él existe, no se aplicaría el trabajo a aquella producción, porque de ninguna manera pudiera alcanzar la suficiente recompensa. De modo que, de los tres factores que determinan el valor, *la utilidad y la necesidad son determinantes inmediatos o directos*; el trabajo es solo *determinante mediato*, que estriba en la necesidad y en la utilidad» (1).

Si de la teoría del «plus valor» deduce Marx que la propiedad debe abolirse, claramente vemos que demostrada que aquella es falsa, todo lo demás cae por tierra.

Vamos a decir, sin embargo, algunas palabras respecto a la legitimidad de la propiedad.

«Poseer algo como propio y con exclusión de los demás es un derecho que dió la naturaleza a todo hombre». *León XIII*.

En efecto, el hombre, y esto todos los sistemas lo reconocen, tiene derecho a recibir por su trabajo un justo salario con que poder hacer frente a las cotidianas necesidades de la vida y es indiscutible y de derecho que pueda hacer de este salario el uso que a él convenga.

Este principio es tan claro que nadie se atreverá, no digo ya a negarlo, ni aún a discutirlo.

Ahora bien, si un obrero, bien porque sea económico y ahorrativo, bien porque su constitución robusta le libre de recurrir a médicos y farmacias que mermen su salario, como en muchos casos ocurre, bien porque el número de personas que a su cargo tenga sea reducido y de tanta frugalidad y tan ahorrativos como él, o por otras infinitas causas (son muchos los factores que en ello pueden intervenir, pues no hay dos casas iguales en el aspecto económico) ahorra algo y con ello adquiere una propiedad; ¿con qué títulos, ni con qué derecho puede negársele la legitimidad de aquella propiedad? Y si el obrero que con afanes y trabajos, privándose de galas o de gustos, logra obtener un telar y continuando su misma vida de ahorro y frugalidad consigue, poniendo toda la familia a contribución su trabajo y sus esfuerzos, reemplazar el telar por

(1) *Tratado de Sociología cristiana* del Dr. Llovera. Pág. 289.

una máquina y progresivamente va agrandando su propiedad, ¿quién negará este derecho y quién pondrá en duda esta legitimidad?

Y si no fué en la industria y sí en el campo donde logró hacer fecundo un pedazo de tierra que con sus ahorros adquirió, ¿cómo podrá decirse mañana que los frutos de aquel terreno pertenecen a toda la comunidad, por qué ésta ha de vivir con arreglo al célebre precepto del socialismo? «Cada uno, según su capacidad, a cada cual, según sus necesidades». ¡Ah! es que es antiguo el sofisma de que Dios dió la tierra a todo el linaje humano para que la use y la disfrute. Pero ¿qué relación guarda ni qué tiene que ver esto? Mejor dicho: ¿dónde está la oposición al derecho de propiedad? «Porque decir que Dios ha dado la tierra en común a todo el linaje humano, no es decir, que todos los hombres, indistintamente, sean señores de toda ella, sino que no señaló Dios a ninguno, en particular la parte que había de poseer, dejando a la industria del hombre y a las leyes de los pueblos la determinación de lo que cada uno en particular había de poseer» (1).

Pero hay más, el hombre se diferencia del bruto en que a este último le basta dar satisfacción a las necesidades del momento y el hombre dotado de razón mira al porvenir, y ese porvenir dudoso e incierto que nos amenaza como misterioso fantasma, que nos envuelve y nos rodea, como nube que no sabemos si tiene en su seno lluvia de bienes o tempestad de desgracias, aire cálido y purificador de sucesos gratos o terrible huracán de enfermedades y accidentes, nos preocupa con todo el interés de lo desconocido, y el hombre, racional y legítimamente, quiere poseer algo con que poder hacer frente y resistir a una vida que no sabe si ha de concluir entre los desmayos y sudores de una tuberculosis, entre los estertores violentos y sacudidas dolorosas del cáncer o con una inutilidad que agote todas las energías físicas y todos los recursos económicos que una vida de trabajos y privaciones pudo allegar. «Por ser el hombre dotado de razón hay que concederle necesariamente la facultad, no solo de usar, como los demás animales, sino de poseer con derecho estable y perpetuo, así las cosas que con el uso consumen, como las que, aunque usemos de ellas, no se acaban... Dan en cierto modo las necesidades del hombre perpetuas vueltas,

(1) León XIII.—*Rerum Novarum*.

y así satisfechas hoy, vuelven mañana a ejercer su imperio. Debe, pues, la naturaleza haber dado al hombre algo estable y que perpetuamente dure, para que de ello perpetuamente pueda esperar el alivio de sus necesidades» (1).

Pero terminemos con esto; vamos a abolir la propiedad; imaginémosnos ya en el nuevo estado, ya nadie tiene derecho a poseer nada, nadie tampoco ha de precisar nada como suyo propio, pues en la nueva sociedad estarán satisfechas todas las necesidades. ¿Pero es que negará nadie que el derecho de propiedad particular fomenta poderosamente el progreso? ¿Pero es que no vamos a reconocer que el estímulo, no ya por satisfacer las necesidades de cada día, sino por poseer algo como propio, no ha hecho verdaderos milagros en el orden y progreso material? ¿Pero es que cuando con las dos o tres horas de trabajo diario, que no más trabajaremos en el futuro paraíso, hayamos obtenido los vales de trabajo y con ellos hayamos satisfecho las necesidades, que nosotros nos hemos fijado y determinado, vamos a ocuparnos en estudiar, en fomentar la agricultura, la industria, los invéntos y tanto y tanto progreso material como vemos en los tiempos actuales, o más bien, «quitado el ingenio y diligencia de cada uno todo estímulo, secaríanse necesariamente las fuentes mismas de la riqueza»? Es indudable, que para todo eso se precisa interés; y ¿en qué ha de estribar ese interés, si nosotros con nuestras tres horitas de trabajo ya hemos hecho lo suficiente para llevar una vida tranquila y regalada?

Señores: en mis solitarios paseos huyendo del mundanal ruido, tomo asiento a veces en algún montículo para dar descanso a mis piernas, aire a mis pulmones y recreo a mi vista y a veces también en esos momentos en que tan maravillosamente nos describe Balmes, en su hermoso libro *El Criterio*, en que habréis observado qué predispuerto se encuentra el corazón a sentirse feliz y satisfecho, sueño en todo esto en que ya no va a haber más que compañeros y compañeras libres, felicidades sin cuento, amor libre, la carga de los hijos desaparecida porque el Estado se encargará de darles la teta o biberón, las necesidades todas satisfechas con el mismo esfuerzo; pero cuando estoy más entusiasmado en mis pen-

(1) León XIII. — *Rerum novarum*.

samientos vienen a mi memoria Caín y Abel, y despierto de mi sueño y vuelvo a la realidad y parece que oigo una voz que me recuerda aquellas palabras pronunciadas muchos siglos antes de que apareciese el socialismo y de que Carlos Marx nos ofreciera la redención del mundo: «Maldita será la tierra en tu obra; con afanes comerás de ella todos los días de tu vida»; cuando veo a algunos hombres afanados en convertir la tierra en un paraíso se me ocurre que los que lo pretenden no saben; mas ¡qué digo!, si lo saben es que no quieren saberlo, que la tierra fué en un tiempo paraíso terrenal y que la rebelión del primer hombre la convirtió en un valle de lágrimas y pienso también que han olvidado que el hombre ha de comer el pan con el sudor de su frente, es decir, ha de trabajar, y como todo esto lo olvidaron ya no puede extrañar que rebajen la idea del trabajo, fundándose en que el trabajo es penoso; no, «el trabajo no es penoso por ser trabajo, es penoso por ser castigo; por eso el que mirando a la fatiga que produce lo abandona cobarde, renuncia al más preciado florón de su corona, y es un mal deudor que no quiere pagar la deuda contraída.»

Y estamos en el punto capital, en el importantísimo; la igualdad que el socialismo predica y que el catolicismo no admite fundándose en que la desigualdad nace de las mismas condiciones de la naturaleza humana, porque como hemos visto en la última conferencia, el más trascendental presupuesto del socialismo es la igualdad de todos los hombres, una igualdad perfecta y absoluta sin distinción de deberes ni derechos.

Señores; me vais a perdonar una confesión aunque constituya un abuso más de la atención con que me habéis escuchado, de la gratitud que os debo por las distinciones de que me habéis hecho objeto y que me autoriza a hacer la familiaridad, perdonadme, que ya he establecido con vosotros. Yo que creo conocerme declaro sinceramente que las cuestiones que tratamos exigen esfuerzos de inteligencia de más altos vuelos que la mía; sé más, sé que carezco de dotes oratorias; por eso os decía en la primera conferencia que el atrevimiento por mi parte no era pequeño, y ya os habréis convencido de que no había engaño en mis palabras, ni exageraciones en mis juicios; ya habréis visto que soy solo un ardiente partidario de la acción social católica y un hombre de buena voluntad que desearía ver una potente organización de conjunto, un fuerte y vigoroso

so partido social católico, en el que todos, los poderosos, dándose cuenta de la realidad, y los débiles confiando en que habrían de encontrar defensa de sus legítimas reivindicaciones, laboraran en pro de la justicia social y de la caridad cristiana; pero hablemos francamente, yo os digo, que cuando se tratan ciertas cuestiones me parece fácil la oratoria; me parece que la elocuencia está al alcance de mi mano.

Hay materias que cuando se predicán halagando a las pasiones, al orgullo y a la soberbia del hombre, llevan la elocuencia en sí mismas y el aplauso; ¡suenan tan bien a los oídos ciertos sofismas; todos somos iguales, todos tenemos los mismos deberes e idénticos derechos. ¿No véis qué halagüeño es todo esto y, digámoslo francamente, qué especioso? Dios estableció la igualdad de los hombres, todos somos iguales en nuestra aparición en este mundo y en nuestro destino; sólo los hombres han establecido la desigualdad; sólo los hombres han podido implantar en la vida esas irritantes desigualdades que a cada paso vemos; la igualdad es obra de Dios, la desigualdad es la obra del hombre. ¿Véis, señores, qué bien suenan estas palabras al orgullo humano; comprendéis ahora qué fácil es conquistar a las muchedumbres cuando se les habla en este lenguaje seductor; más si esas muchedumbres están compuestas de desheredados de la fortuna, incautos muchas veces, que claman uno y otro día por justicia social?; pero nosotros, en bien de esos mismos desheredados, hemos de hablar sin halago de las pasiones, hemos de hablar de acuerdo con la razón, con la justicia, con la lógica; nos hemos de colocar, no en un terreno de reformas y sueños utópicos, sino de realidades, y nos sonrojaría el aplauso y nos avergonzaría la popularidad si tuviéramos que conquistarlos sacrificando aquellos principios.

¡La igualdad! ¡Aspirar a una igualdad en que uno no sea más ni menos que otro! Para demostrar la imposibilidad de esto no tendríamos que esforzarnos mucho. ¿Pero es que, como ya hemos dicho, la desigualdad no nace de las mismas condiciones de la naturaleza humana, y la naturaleza que se complace en hacernos desiguales, a unos hermosos y a otros feos, a unos de gran ingenio y talento, a otros idiotas y tontos, a unos de carácter dulce y pacífico y a otros de temperamento violento, a unos de espíritu tranquilo e inactivo, a otros inquietos y luchadores, a unos antojadi-

zos, caprichosos, volubles y pusilánimes, a otros valerosos, enérgicos y firmes de voluntad, a unos robustos y fuertes, a otros enclenques y enfermizos, no es la que crea todas las desigualdades, no es la fuente de donde nacen las humanas desigualdades?

«Todos los hombres tienen derecho a los medios necesarios para la vida, pero de esto no se sigue que todos hayan de disfrutar de los mismos medios de existencia.»

En la notable obra de Cathrein titulada *El Socialismo*, veo un ejemplo referente al caso que tratamos, que os ruego escuchéis con atención porque demuestra la imposibilidad de la igualdad en las condiciones de existencia.

«Vamos a poner el caso de cuatro hermanos lo más semejantes entre sí. Tres de ellos contraen matrimonio, el cuarto se resuelve a quedar soltero. Los derechos y deberes del soltero resultan ya bien distintos de los de los otros. Supongamos que de estos tres uno no tiene hijos, otro tiene tres, el tercero llega a tener ocho. Los derechos y deberes siguen distanciándose más en unos y otros. Si suponemos que al principio los cuatro hermanos gozan de completa igualdad en lo referente a vivienda, fortuna y relaciones sociales, tenemos que al cabo de ocho o diez años han cambiado por completo sus medios de existencia.

El primero no tiene que pensar más que en su propia persona, el segundo tiene que mirar también por su esposa, el tercero por cinco y el cuarto por diez personas. Si sobre éstos fijamos nuestra atención en la diversidad de talento, laboriosidad y demás, es claro, como el agua, que al cabo de pocos lustros las condiciones de existencia de los cuatro hermanos son diversísimas. Pero llegan las enfermedades e infortunios, intrigas de sus conciudadanos perturban las relaciones de familia. ¿Quién no ve que en la próxima generación la igualdad habrá desaparecido por completo? Y si esto pasa en la primera, ¿qué será en la segunda, que empieza su camino en condiciones tan distintas?

Pueden objetarnos los socialistas que en el ejemplo propuesto nosotros tenemos ante la vista el orden social actual, pero que en la sociedad socialista ese proceso será imposible; pues el cuidado de los niños, enfermos, etc., correrá a cuenta de la colectividad; la mujer trabajará lo mismo que el hombre y cada uno vivirá del fruto de su trabajo personal. Sea enhorabuena, pero lo único

que afirmamos nosotros es que la desigualdad es un fruto espontáneo *en el desarrollo connatural de los hombres* y que el socialismo solamente la podrá impedir por medio de la violencia extrínseca. También un horticultor puede lograr que todos los árboles de su jardín sean igualmente altos, o mejor dicho, igualmente bajos, pero es necesario para eso que por medio de una poda incesante vaya conteniendo el natural crecimiento de las mejores plantas.

Un estado antinatural no puede ser duradero.»

Señores, está esto tan claro, que solo podía obscurecerlo y empañarlo la filosofía de Hobes y Rousseau. Sí; la teoría del contrato social con su principio de que «en derecho todos los hombres son iguales», declaración y principio que entre ríos de sangre y a golpes de guillotina hace suya la revolución francesa, y como la ambición humana no tuvo nunca justo medio, al escuchar las multitudes tan seductora declaración aplauden y vitorean y entre las nubes de un porvenir que vislumbran con encantos de igualdad, que son encantos de placer y de paraísos deslumbradores y fantásticos, corre la sangre y la prometida igualdad no llega, y el apetecido momento no se divisa en el horizonte, y el instante feliz, en el que las muchedumbres no saben expresar cuál es su mayor felicidad, si el subir adonde están los poderosos o ver descender a éstos, no se otea por parte alguna y contra más sangre se derrama, contra más cadalsos se levantan, contra más suben las pilas en que se reúne a las víctimas, más parece alejarse el momento de la soñada igualdad, la promesa no se cumple, porque mal pueden dar los hombres aquello de que carecen y los hombres no poseen el secreto de establecer una absoluta igualdad, porque si la Naturaleza nos hizo iguales en el origen y en el destino, nos hizo desiguales en todas las demás condiciones de las cuales nacen las humanas desigualdades; los hombres, repito, no pueden dar aquello de que carecen, y carecen de medios para convertir este valle de lágrimas en paraíso de dichas y felicidades. Pero por los términos en que nos venimos expresando, podrá alguien deducir que las doctrinas sociales del catolicismo no señalan límites al derecho de propiedad, y que nada tiene que oponer a las desigualdades irritantes que hoy vemos.

Asunto es este del que nos ocuparemos en la cuarta y última conferencia; pero como es muy general la idea de que el catolicis-

mo no tiene para estas desigualdades otra palabra ni otra medicina que la de la resignación, y como, digámoslo francamente, en Centros y por hombres socialistas se dice y repite a los obreros que el catolicismo vive en contubernio con el capital, nosotros no podemos pasar adelante sin decir algunas palabras respecto a estos dos puntos. Con verbo mucho, mucho más autorizado que el nuestro os diremos.

«Cuando, pues, se dice que la comunidad de bienes es de derecho natural, en ninguna manera debe entenderse como si la Naturaleza condenara la propiedad privada, sino en cuanto la naturaleza, sobre no determinar a cada uno la propiedad que le corresponde, a todos concede la facultad de adquirirla, y por voluntad de Dios, para común utilidad de los hombres, está destinada la tierra. De esta común utilidad, que deben llenar los bienes exteriores, nace, entre otros derechos, el poder de la sociedad de ordenar de tal suerte el régimen de propiedad, que el uso de la misma satisfaga ese fin conforme a naturaleza. Esta potestad es un límite del derecho de propiedad, no para abrogarla o destruirla, sino para influir en él indirectamente, para que cumplan los bienes exteriores el fin primordial a que están destinados» (1). Y por lo que respecta a la mayor igualdad, vienen a mi memoria estas palabras del inolvidable Cardenal Guisasola, que dice refiriéndose a los Sindicatos: «El tiempo decidirá si el Sindicato es sólo un defensor de los intereses de clase, o un elemento activo de hondas transformaciones en la economía general, y no hemos de ser nosotros los católicos quienes pongamos obstáculos a cualquier cambio, por radical que sea, si tiende a distribuir entre el mayor número posible los bienes de la tierra.»

¡Poderosos capitalistas! escuchad: «Se debe distinguir entre la justa posesión del dinero y el uso del mismo dinero» y por si queréis mayor confirmación «no debe el hombre tener las cosas externas como propias, sino como comunes» y vosotros, los que os dedicáis al proselitismo de la acción social católica, pensad si no es un deber ineludible y urgentísimo, que sepan los obreros que el catolicismo predica en efecto resignación, pero que esa resignación no dificulta, ni impide, ni estorba el laborar por obtener un mayor

(1) Pastoral *Justicia y Caridad*.—Cardenal Guisasola.

bienestar económico y que no debemos dificultar ningún cambio, por radical que sea, si tiende a distribuir entre el mayor número posible los bienes de la tierra. ¿Queréis mayor claridad? Decíamos que cerraríamos esta conferencia con el amor y armonía de las clases en contraposición a la conferencia pasada, que tratábamos del socialismo y que terminaba con la lucha de clases. Recordaréis que decíamos en la pasada conferencia que el socialismo lo espera todo de la lucha, del antagonismo de las clases.

Yo digo que esto en el socialismo es táctica. En efecto, la labor del socialismo es presentar a la consideración del pueblo el duro contraste de los que padecen y de los que gozan, y ofrecer como remedio a todos estos males la panacea de la Democracia y de la fraternidad socialista.

La táctica del socialismo consiste precisamente en alargar las distancias entre los ricos y los pobres, en dificultar toda transacción, en conservar la hoguera arrojándole combustible para sostener vivo el odio de las clases y todo ello con la promesa de un porvenir feliz, con un programa lleno de seductoras utopías. De esta manera se reclutan hombres, se les adiestra en el odio, presentando a sus ojos el triste cuadro de los que de todo tienen y de los que de todo carecen, y así se aumenta el malestar y se forma un fuerte y numeroso ejército que esté siempre arma al brazo, dispuesto a lanzarse contra el enemigo, contra los ricos que, encastillados en su capitalismo, confiando en el amparo que la fuerza armada ha de prestarles en el momento de la revuelta, no miran en el obrero y en el trabajador otro hombre, otro hermano, que precisamente por ser más débil se le debe más apoyo, más ayuda y más amor.

Ante este cuadro, que llena de tristeza el corazón de los hombres de buena voluntad, el catolicismo ofrece otro completamente contrario, el del amor y armonía de las clases y proclamando constantemente la dignidad de la pobreza, interesándose por el bienestar de los que trabajan, no cesa de clamar que el Estado debe proteger moral y materialmente al obrero; no cesa de repetir a los pobres que se acomoden a la condición humana, que desechen sueños irrealizables de igualdad imposible y que tengan presente que no siendo iguales los talentos, ni el ingenio ni la salud, necesariamente ha de ser desigual la fortuna, y los exhorta a que formen asociaciones de defensa, «no en el sentido de resistencia que dan

los socialistas a esta palabra, pero sí resistiendo por todos los medios legales a toda opresión injusta», y como el catolicismo tuvo su principio en el amor, invita al amor a unos y a otros, a los ricos y a los pobres, y a los primeros dice que tienen, no sólo deberes inexcusables y obligatorios, sino que es necesario miren en el obrero al hermano y, por último, predica a todos concordia.

Terminemos, señores, que abuso demasiado de vuestra indulgencia; ya veis los dos programas, ya veis las dos escuelas, ya hemos examinado las dos filosofías; quedan desplegadas las dos banderas, la roja y la blanca: en la primera aparece escrita la palabra «fraternidad socialista», rodeada de un lema que dice «lucha de clases»; en la segunda se ve el nombre de «fraternidad cristiana» y también la rodea otro lema que dice «armonía de las clases»; es imprescindible inclinarse de uno u otro lado, es preciso cobijarse a la sombra de una u otra bandera.

Dijimos que la cuarta conferencia sería de comparación para decidir a cuál de las dos grandes fuerzas debíamos unirnos; en la próxima, pues, lo hemos de ver; pensad, señores, que la cuestión es interesante y que el dilema se presenta con toda claridad: destrucción o reconstrucción, guerra o paz, odio o amor.

HE DICHO.

CUARTA CONFERENCIA

DEMOCRACIA SOCIAL O DEMOCRACIA CRISTIANA

Señoras, señores:

Hemos llegado, por fin, al término de nuestro trabajo; vamos a concluir con esta conferencia la misión y la labor que nos habíamos impuesto.

Hemos creído que debíamos empezar nuestro estudio con un examen de la sociedad, tal como se encuentra hoy, sin ideales, sin estímulos, sin otras ambiciones que las del negocio y las de los bienes y goces materiales. El único problema para una sociedad así es el social; nada de distraer su atención hablándoles de religión, de patria, de autoridad, de familia, de amor conyugal y de amor al prójimo; todas esas *zarandajas* no interesan a la mayoría de nuestros conciudadanos, que después de oír perorar sobre todo esto, sólo tienen para ello el comentario de algún chiste ingenioso, cuando no de mal gusto, algún gesto irónico. Sólo logra hacerles despertar de su letargo el tintineo del metal, y su atención sólo se obtiene si les habláis de comercio, de negocio, de utilitarismo, en una palabra.

Un siglo al que sólo el interés, la medida y el peso le preocupan, es lógico que sólo preste atención a lo que con lo dicho se relaciona, a los asuntos y problemas sociales.

Nosotros, atentos a la realidad, en la imposibilidad de hacer otra sociedad nueva, nos colocamos en ella tal y como es, y vimos en las anteriores conferencias que sólo a dos grandes fuerzas les está reservado el porvenir; la que se detenga en el camino más tiempo del indispensable para cambiar los trajes de marcha y pro-

seguir la ruta, la que ande vacilando, la que no vaya con convencimiento y firmeza, la que con escrúpulos monjiles y de damisela se entretenga en discutir frases y conceptos, la que, como dice Manjón, crea que el malestar de la sociedad es obra del pecado y se contente con orar y llorar, o que es un castigo en lo temporal por haber olvidado lo eterno y se dedique a salvar a la sociedad hablando de la eternidad, o que es obra de la impiedad que se remedia con novenas, trisagios y demás actos piadosos, o tal vez que es un mal sin remedio, no siendo por un milagro de la omnipotencia, y espere sentada en la inacción ese milagro o, mejor dicho, esa tentación de Dios, los asustadizos, timoratos y pusilánimes, faltos de comprensión de la realidad, indiferentes, cucos y bien avenidos, que de todo hay en la viña del Señor, que no vean que hay que entregar en la empresa «convicciones arraigadas, pensamientos heredados, ideas madres de nuestra vida, que hay que asistir a la revolución con nuestro propio esfuerzo, renunciando a cosas de la materia y del espíritu» (1), los que olvidan que es inevitable el cambio jurídico, serán adelantados, serán dejados atrás, y el tiempo perdido será difícil, imposible, volverlo a ganar; los que se adelanten y lleguen a la meta serán los vencedores, serán los campeones, y el vencedor en este caso enarbola la bandera roja de la guerra y del odio o la blanca de la paz y del amor. ¿Sabéis, señores, lo que significa el campeonato en esta ocasión?

La revolución violenta, o la revolución pacífica; el triunfo de las ideologías abstractas y utópicas, o del derecho y la justicia; la destrucción de la casa en que vivimos, sin que sepamos cómo, ni en qué forma se va a construir el nuevo edificio que vamos a habitar, o la construcción de un nuevo solar con los materiales que tenemos; la lucha cruenta y horrorosa por un sueño utópico de igualdad imposible e irrealizable, o la conquista de una mayor igualdad, porque no admitimos nosotros la irritante desigualdad actual; la destrucción del santuario de la familia con la implantación del amor libre, o la vida del hogar, llena de trabajos y sinsabores ciertamente, como toda la vida del hombre, pero repleta también de caras afecciones, ricas esperanzas y dulces consuelos;

(1) Conferencia de D. Angel Ossorio y Gallardo en el Teatro del Centro, de Madrid.

el derrumbamiento estrepitoso de nuestros templos, asilo seguro de afligidos, donde las almas tristes y doloridas por los mil agobios que la vida lleva consigo, encuentran lenitivo a sus sufrimientos y a las ingratitudes y miserias humanas, o el triunfo de nuestros refugios de paz y de consuelo; la bandera roja de la guerra y de la destrucción, o la bandera blanca del orden y de la justicia; el estandarte que, bajo el lema de fraternidad, lleva escrita la lucha de clases, o el estandarte de la armonía y el amor de las clases. Terminemos: el campeonato del odio, o el campeonato del amor.

Ante esta situación, ¿qué duda cabe que la opción ha de ser por el bando del orden y del derecho, de la paz y del amor, de la justicia y de la caridad? Señores, la labor de exposición en lo que toca a las doctrinas socialistas y católicas está terminada. ¿A qué lado inclinarnos? Ya hemos visto que el socialismo tiene escrita a la puerta de entrada a su paraíso la palabra fraternidad y que el catolicismo dice que su mayor timbre de honor es también la fraternidad. ¿A la sombra de cuál de estas banderas nos acogemos? ¿A la fraternidad socialista? Señores, permitidme este arranque de virilidad que algún presuntuoso sabio calificará de misticismo retrógrado; permitidme que valientemente os diga que yo no puedo creer en ese mote de fraternidad socialista que pretende establecerse entre un río de sangre y de víctimas; una fraternidad que piensa que unas clases de la sociedad han de ser enemigas de las otras; perdonadme que os diga que yo no puedo creer en una fraternidad establecida, no por la efusión de los corazones, sino por el rigor de las leyes y bajo la custodia de los fusiles; no, yo no puedo admitir ni acatar otra fraternidad que la que toma su savia y se nutre de la caridad cristiana. Decidme, a fuer de imparciales, ¿no vemos acaso que cuanto más se afanan los príncipes y los gobiernos, los doctos y los legisladores, las asambleas, las convenciones y las revoluciones para establecer esa fraternidad, siempre es a la sombra de democracias que nacen entre ríos de sangre y haces de bayonetas? Pero ¿cómo voy a convencerme ni qué razones ni argumentos puedo emplear para llevar al convencimiento de nadie que no haya perdido el sentido de la realidad o haya roto con las más elementales reglas de la lógica o del sentido común, que son genuínas democracias y reales fraternidades las que se desenvuelven rodeadas de guardia civil y de policía? Pero ¿no veis cómo



cada día más la sociedad, esta sociedad que después de la revolución francesa usa y abusa del precioso nombre de la fraternidad, del que han hecho un mote ridículo; no véis cómo se rodea de leyes y de gendarmes? pero ¿no vemos la mitad de la sociedad convertida en soldados, en policía, en orden público, en guardias de todas clases y colores, en somatenistas, en acción ciudadana, en jueces, en magistrados, en códigos y ¿una sociedad en la que reina la fraternidad? precisa todos esos guardianes, todos esos vigilantes, toda esa inmensa y complicada red de leyes y de ejecutores de la ley?

Señores, yo, repito una vez más, he venido aquí a levantar mi voz, pobre y humilde, como mía, todo lo pobre y humilde que queráis, pero a su pobreza uniría el ludibrio si os hablara con eufemismos y no empleara toda la claridad que demanda la importancia del asunto que tratamos y que reclamó una obra de apostolado emprendida sin petulancia ni pretensiones y más bien por obediencia a los que amo como padres, admiro como maestros y respeto como superiores. No, yo no acato una fraternidad y una democracia como la descrita, porque no es esa la que me enseñaron mis padres cuando en la infancia me repetían: «Ama al prójimo como a tí mismo»; no, yo no rindo vasallaje a esa fraternidad, porque no es la que mis maestros en la escuela y mis profesores en las aulas me enseñaron al explicarme aquellas augustas palabras: «Visteis que se dijo a los antiguos no matarás y quien quiera que matare, reo será ante el Juzgado. Pues bien, yo os digo que el que se aira con su hermano reo será ante el Juzgado. Si, pues, en el momento de llevar tu ofrenda al altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra tí, deja tu oblación al pie del altar y vé en seguida a reconciliarte con tu hermano». No, yo no puedo ir del brazo de una fraternidad y de una democracia que ostenta como festón de su bandera las salpicaduras de sangre de mis hermanos y que dice que sólo un río de sangre puede salvar a la sociedad. No, yo no creo en otra fraternidad y en otra caridad que en la fraternidad, en la caridad y en la democracia cristianas, yo acato aquella fraternidad que tuvo principio hace veinte siglos en un establo en donde el Rey y Señor más poderoso y más grande, dando el mayor ejemplo de amor, de humildad, de caridad y de sacrificio, que todo eso es fraternidad, nace de mujer entre pobreza, entre miserable paja, al mismo tiempo que aparece en los cielos la confirmación del mandato que

desde la creación del mundo fué dado a los hombres al decirles: «Amad al prójimo como a vosotros mismos». Señores, al venir a la tierra con extraordinaria pobreza el mayor de los poderosos, los cielos se abren y dejan ver a los hombres aquellas hermosas palabras: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». Yo no admito otra fraternidad que la que brota del sermón de la montaña. ¡Ah!, yo sé que cuando se lean estas conferencias, no faltarán científicos *última novedad* y *sprits forts* que con aire de superioridad y con una mueca despectiva dirán que *esto ya pasó de moda*; pero yo, que no concedo valor alguno a esos *sabios* y a esos *sprits forts*, que resumen toda su ciencia y toda su filosofía en un gesto o en una frase que, en definitiva, nada dice ni nada prueba, si no es una ridícula vanidad y una súper hombría, que no les permite descender desde el pináculo en que se colocan a contender con estos pobres retrógrados y reaccionarios, yo les diría: pero ¿dónde habéis encontrado un código de amor y de fraternidad, dónde, en qué país, en qué lugar, en qué tiempos; qué hombre, qué docto legislador y jurisconsulto ha logrado confeccionar, y esto después de estudios prolongados, áridos y costosos, un código, una ley, con una filosofía tan elevada que se parezca siquiera a la contenida en el sermón del monte? Decidme: ¿qué catedrático de Moral, ni de Derecho, qué director de muchedumbres, qué inventor de escuelas, ni qué filósofo, ha hablado con más amor a los hombres, con más claridad y en un lenguaje más armonioso y más fraternal?

Señores, hace falta cerrar los ojos y tapar los oídos para no ver y escuchar la verdad; la verdadera fraternidad es la que respiran aquellas palabras. Oísteis que se dijo: «Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; a fin de que seáis hijos del padre vuestro que está en los cielos, el cual hace salir el sol suyo sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos.» Bendita fraternidad la que expresan aquellas palabras que son contestación a la pregunta del escriba al Maestro. ¿Cuál es el primer mandamiento? El primero es el siguiente: «Amarás al Señor, Dios tuyo, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el primero y más grande manda-

miento. El segundo es semejante al primero. Amarás a tu prójimo como a tí mismo. No hay otro mandamiento que sea mayor.» Y para terminar, yo no encuentro otra fraternidad, por más que busco y rebusco en todos los sistemas, en todas las filosofías, en todas las escuelas; no encuentro otro momento en toda la historia del mundo, de mayor grandeza fraternal, de mayor grado de amor, que el momento en que el Maestro se dirige a los discípulos y les dice: «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros». Esa es la fraternidad que yo aprendí y que en mi juventud respeté y abracé, por haberla recibido así de mis padres y de mis maestros, y que después he seguido admitiendo, y a la que he prestado toda la escasa fuerza de mi proselitismo, porque mi inteligencia no ha encontrado (a pesar de esforzarse en ver si había otros manantiales de amor y de caridad) más que los que nacen de estas sublimes palabras, porque lo demás a pesar de la imparcialidad con que lo he estudiado, sólo me han parecido intentos de fraternidad; esa es la fraternidad que puede aún salvarnos; y, señores, contad los pobres y los ricos, las autoridades, las clases directoras muy especialmente, todos en fin, con que no puede perderse tiempo, que urge el remedio, que urge abrazarse a esta fraternidad, que es benignidad, amor, paciencia, desprendimiento, mansedumbre, humildad «que no se irrita, no piensa mal, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sostiene», y esto es preciso, escuchadlo bien, los humildes, los trabajadores, los dependientes, los acaudalados y los poderosos, escuchadlo bien, ved que no son palabras mías. «El mutuo sacrificio, la entrega mutua, sin condición, ni reserva, del bienestar y aun de la vida». Señores, sin esto, todo es inútil, la sociedad irá de fracaso en fracaso, todos los intentos de reforma social son absurdos, porque no puede haber restauración social, según hemos dicho anteriormente, donde falte el verdadero espíritu cristiano, no puede haber restauración social que no lleve como lema y como principio el de la verdadera fraternidad cristiana (1). Amor y caridad y ¿quién lo duda, señores, quién lo duda? El mundo tiene que salvarse por una inundación de sangre o por una inundación de amor. En una obra titulada «Orientaciones y conceptos sociales» del Profesor Toniolo, de la Universidad de

(1) Véanse las notables conferencias *La fraternidad cristiana* del Dr. D. Rogelio Chillida.

Pisa, el representante más caracterizado de la Democracia cristiana, se lee una profunda sentencia que dice: «La sociedad no se salvará sino mediante una inundación, o de sangre o de caridad, o de odio o de amor». Es el mismo dilema del gran Balmes: «Es necesario que el mundo se someta a la ley del amor o a la ley de la fuerza; a la caridad o la esclavitud». Y ¿sabeis lo que yo pienso cuando leo esto y veo por todas partes tanto juez, tanto gendarme, tanta espada, tanta ley, tanta prohibición, tanta amenaza, tanto castigo, tanta dictadura de los de abajo, de los de arriba y de los del medio, tanta lucha en la que el pobre pretende hacer desaparecer al rico, y el rico aplastar al pobre? Pienso si no es tarde ya para que el mundo se someta a la ley del amor, y si no estamos ya sometidos a la ley de la fuerza.

No hace muchos años aquella figura venerable al que yo quiero llamar mártir de la acción social y que se llamó el Cardenal Guisasa, decía en una notable Pastoral las mismas palabras de que anteriormente hablamos: «El mundo se salvará por una inundación de sangre o por una inundación de amor.» ¡Ah! dejadme que viva con la esperanza de que aún ha de reinar en la sociedad el reinado del amor; dejadme que ya que voy bajando la cuesta de la vida, viva la parte que me reste de estancia en esta tierra con la confianza, llamada ilusión si queréis, de que aún ha de establecerse el imperio de la justicia y el trono de la caridad; yo tengo fe en la potencia salvadora del catolicismo, porque sé que mayores transformaciones que las demandadas hoy por la justicia que se debe a los humildes, llevó a cabo el catolicismo, que lucha contra la esclavitud y que repugna todas las esclavitudes contra las que luchó y lucha denodadamente.

Señores, permitid que en este punto de la conferencia me detenga y no pase adelante sin que cite dos nombres a los que rindo tributo de admiración y a los que quiero dedicar un recuerdo de gratitud en nombre de todos los que trabajamos, de todos los que producimos (porque, señores, yo, de perfecto acuerdo con un ilustre hombre público, creo que la verdadera denominación no es la de ricos y de pobres, sino la de productores y la de parásitos), de todo ese inmenso enjambre de hombres que al empezar los pajaritos en el nuevo día sus trinos y gorjeos, entonando un himno de alabanza al Creador, se unen a ellos para dar comienzo a la labor diaria, a con-

tinuar la obra de la creación; yo quiero, repito, rendir un tributo y un recuerdo de respeto, de amor a aquellas dos figuras excelsas que se llamaron León XIII y Guisasola, a los autores de la Encíclica *Rerum Novarum* y de la Pastoral *Justicia y Caridad*, a los que aún no se ha levantado en mi patria una estatua, un monumento, cuando veo tantos con menos méritos alzados. Benditos, sí; benditos los que iluminaron al pueblo trabajador con sus enseñanzas, los que le ilustraron con sus consejos, los que le enseñaron con sus virtudes, los que le amaron con su corazón; yo no puedo maldecir, pero desgraciados los que le enseñaron al obrero a rendir poco y a odiar la producción, los que rebajaron lo más noble, lo más elevado, lo más santo que tiene el hombre acá en la tierra, el trabajo, tan noble, tan elevado, tan grande, tan sublime, que yo os digo que cuando bajo al fondo de una mina, cuando entro en un taller, en una fábrica, en una oficina, en una palabra, cuando me descubro por respeto al trabajo, se me imagina escaso mi respeto, porque aquel trabajo y aquellos hombres son una continuación de la obra del Creador; desgraciados los que arrojando puñados de miseria al rostro de los que sufren envenenan la cuestión como si, según las palabras del Cardenal Guisasola, «la justicia se consiguiese por medios injustos, se remediase un daño con otro mayor o se resolviese la miseria de una clase con la ruina universal.»

En la notable Pastoral *Justicia y Caridad*, de que antes hablábamos, del Cardenal Guisasola, cuya pérdida no lloraremos nunca bastante los que del trabajo vivimos, hay un párrafo dirigido a los sacerdotes y que queremos hacer nuestro, que dice:

«La palabra de Dios es libre, nadie la desfigure ni la esclavice. Los que sólo predicán al pueblo deberes quieren someterle y los que sólo le predicán derechos quieren sublevarle, unos y otros le sojuzgan y esclavizan, porque el hombre pierde igualmente su libertad bajo el imperio de la tiranía que cuando sirve a sus pasiones desbordadas y ciegas. La verdadera liberación del pueblo consiste en hacerle fuerte para cumplir sus deberes y hacer respetar sus derechos. Las clases directoras cumplen un deber de justicia social ayudándole a este fin.»

Justicia social hemos dicho. Detengámonos.

Resuelto el punto y la duda, si la teníamos, del bando a que debíamos inclinarnos y dispuestos a alistarnos en el ejército de la

fraternidad cristiana, nos queda algo más por resolver. Pero a ¿qué fracción nos acogeremos? Porque dijimos que había tres, y dijimos también, si no nos es infiel la memoria, que nos ocuparíamos en la presente de estos grupos o fracciones de la escuela católica.

Tres son los grupos que presenta:

1.º La Escuela de Angers, constituida por los católicos liberales o conservadores. Defiende esta escuela el derecho de propiedad absoluto; no admite la asociación, formada sólo por obreros, por considerarla peligrosa, y sí la mixta y los patronatos que a título de caridad establecen los ricos a favor de los humildes; no reconocen como deber de justicia la obligación de los poderosos de proteger a los débiles, y por último confían todo a la instrucción religiosa y al ejercicio de la caridad con sus instituciones de asistencia y previsión, asilos, hospitales y refugios fundados y sostenidos por la Iglesia y por los poderosos. Su lema es: *Justicia, Caridad, Libertad*. Claramente diremos que con semejante programa, en el que todo se fía a la caridad, no adivinamos cómo puede hablarse de justicia. Esta escuela, dice el insigne catedrático de sociología doctor Llovera, de cuya mano vamos seguros de no extraviarnos en esta parte de nuestro estudio, casi ha dejado de existir gracias a las orientaciones de la Encíclica *Rerum Novarum*. No lloremos su muerte. Celebremos que la Encíclica, trayendo nueva savia, haya arrinconado muebles viejos y sus aires de verdadera justicia nos purifiquen el ambiente.

2.º Los reformadores católicos, o escuela de Lieja, proponen como principio de reforma social la asociación adaptada a la situación y circunstancias de la época, la intervención del Estado, aunque moderada, reglamentando el trabajo y la producción, un sistema racional de impuestos, la reforma de la sucesión hereditaria. «La legislación protegerá el hogar doméstico y la vida de familia por la restricción del trabajo de las mujeres y los niños, la prohibición del trabajo nocturno, la limitación de la jornada de trabajo, la obligación del descanso dominical; en las campiñas, haciendo inseguestrables la casa y el campo del cultivador, los instrumentos y el ganado de primera necesidad. Facilitará la vida del obrero y del agricultor, con la disminución y reforma de las cargas fiscales públicas, especialmente de los impuestos que tocan a la subsistencia. Favorecerá la participación de los beneficios, la constitución

de las sociedades cooperativas de producción; en las campañas, la asociación de aparcería». (1) ¿Cómo hemos de negar que la escuela de Lieja, la de los reformadores católicos nos agrada más, y la encontramos más adaptada a la época y más en armonía con las aspiraciones de las clases trabajadoras? ¿Cómo vamos a negar que el programa de reivindicaciones del Conde de Mun nos satisface, y que sus palabras del discurso de Saint Etienne, al decir que «el conjunto de nuestras reivindicaciones debe aspirar a asegurar al pueblo el disfrute de sus derechos esenciales, desconocidos hoy por el régimen individualista» suenan bien a nuestros oídos, porque respiran un afán de reforma social que merece la estima y el aplauso de todos los católicos? Pero avancemos más, andemos en el camino que hemos emprendido, y veamos si las aspiraciones de los que sufren y trabajan, no tienen aún algún grupo que las recoja por entero, y que dé satisfacción cumplida a todos los afanes legítimos de justicia.

Nos queda por examinar la 3.^a fracción, que de propio intento hemos dejado para el último lugar, acaso porque ahora pueda rezar con nosotros la sentencia «los últimos serán los primeros.» El grupo que ahora vamos a ver es el de la Democracia cristiana. Pero, ¿qué se entiende por Democracia cristiana? Escuchemos a Toniolo: «aquella organización civil por la cual todas las fuerzas sociales, jurídicas y económicas, en la plenitud de su desarrollo jerárquico, cooperan proporcionalmente al bien común, redundando en último resultado la acción de todas ellas en beneficio de las clases inferiores.» Se propone la Democracia cristiana dos fines, el bien común y el bien especial de los pequeños, el bien proporcional de todas las clases, sin excepción ninguna, y el cuidado especial del bien de las muchedumbres que tienen más necesidad de tutela y de asistencia por parte de la sociedad. El grupo de los demócratas cristianos en economía política «aboga por la supresión del salario, la implantación del sistema de participación en los beneficios o el contrato-sociedad, como único totalmente conforme a las exigencias de la justicia y de la moral cristiana, y la administración de las industrias por los mismos obreros asociados; en economía social, acaricia la idea de llegar a suprimir la distinción de clases, sin otra

(1) Discurso del Conde de Mun en 18 de diciembre de 1892.

jerarquía o nobleza que la del talento, la virtud y la honradez; como medios de acción quiere la asociación puramente obrera, la intrucción del pueblo en las cuestiones sociales, la acción del pueblo en todos los órdenes y en todos los sentidos.» (1)

Nosotros, hemos de decirlo con claridad; nosotros no podemos ocultar nuestra simpatía, nuestra entusiasta adhesión a este programa en el que se tiende al bien proporcional de todos y muy especialmente de las clases inferiores. Y ¿cómo no hemos de mostrar nuestro agrado con un programa que expresa claramente *para el pueblo y por el pueblo?*

Se escuchó solemne y resonó en todos los ámbitos del mundo, la voz de un ancianito «viejo en años, pero joven por los sentimientos de modernidad», según frase de un notable escritor, cuyo nombre no viene en este momento a mi memoria, que desde la Ciudad Santa habló a los hombres y cuando oímos decir en documento sapientísimo «que la reforma económica depende principalmente de un problema de justicia, de equidad y de caridad social» vimos aparecer en todas las naciones, muy especialmente en Bélgica, apóstoles decididos y valerosos de la acción social católica, que con denuedo lucharon por el pueblo y vimos aparecer la Democracia cristiana defendiendo a las muchedumbres de desheredados, con un programa que ya no puede asustar a nadie. La Democracia cristiana mantiene ante todo y sobre todo la confesionabilidad de la acción democrático-cristiana «y esto echa por tierra cuantos ataques se la pretendan dirigir en nombre del catolicismo—aunque en realidad sea en nombre y representación de un *conservadorismo* decrepito, de un *misonéismo* tan extremado como estéril o de un *pietismo* estrecho, incapaz de comprender la grandeza y trascendencia de la religión, que limita a las exterioridades del culto—ya que la Democracia cristiana no olvida su filiación católica y para no perderla no se aparta de la jerarquía de la Iglesia al efecto de participar siempre de la vitalidad de la savia del catolicismo y hacerse el instrumento más eficaz para cumplir sus inmortales y salvadores destinos.» (2).

Recuerdo una conferencia que el ilustre hombre público don

(1) *Tratado de Sociología Elemental* del Dr. Llovera.

(2) Amando Castroviejo.—Prólogo a la obra del profesor Toniolo, *Orientaciones y conceptos sociales al comenzar el siglo XX*.

Angel Ossorio y Gallardo dió el año 1920 en el Teatro del Centro, de Madrid, en la que exponía lo que a su juicio, entonces, debían hacer las derechas. Escudad:

«Frente a la concepción materialista de la vida y de la historia, defender la concepción espiritual y cristiana; frente a cualquier ataque o simple intento de resquebrajamiento de la familia, sostener enérgicamente y a todo trance la familia, como célula social, como eje de los pueblos, con sus consecuencias económicas de los patrimonios y de los salarios familiares; frente al concepto de la propiedad para satisfacción del rico, o de la propiedad colectivista o comunista, la propiedad individual como función social, con expropiación consiguiente para el que no la ejerza y reparto entre los menesterosos, multiplicando el número de los poseedores; frente al capitalismo, como eje de la economía, la convicción de que se ha cambiado el plano, y el eje de la economía ha pasado al trabajo, y el trabajo ha de ocupar el primer lugar; frente al contrato individual de trabajo, que unas veces significa la tiranía del patrono y otras veces la informalidad del obrero, el contrato colectivo de trabajo por tiempo determinado y con garantías pecuniarias de cumplimiento por una y otra parte; frente a la disgregación de los elementos productores, el respeto y el estímulo de todas las sindicaciones que, natural y espontáneamente se produzcan, sin asustarse de que sean sindicaciones varias o únicas, siempre que sean económicas y públicas, con absoluta condenación de las políticas y secretas, vengan de donde vengan, con blusa, con levita, con pluma de burócrata o con espada de oficial del Ejército.»

Grabé en mi memoria este programa, porque entendí entonces, entiendo ahora y creo que seguiré entendiendo, que sólo un programa de estas orientaciones sociales podía contener y conquistar todas las fuerzas que hoy, hay que decirlo con claridad, se van a engrosar las filas del socialismo, porque no existe una organización de conjunto, un partido social católico en el que sean recogidas sus aspiraciones.

Cuando el elocuente orador expuso esto, recuerdo que agregaba que algunos amigos le decían: ¿Pero es eso derecha? Y él contestaba ¿pero es que en el año 1920 puede haber otra derecha? y yo copiando al notable maestro, digo: ¿pero es que el año 1925 puede haber otra derecha; pero es que no ha llegado el momento, después

de tanto hablar de liberalismo, de comunismo, de libertades y de soberanías, de que haya verdadera libertad de asociación y reconocimiento de sindicatos y asociaciones; pero es que el año 1920, y menos el 1925, se puede consentir, ni los católicos podemos admitir, que el capitalismo se niegue a reconocer, a tratar y a discutir con las asociaciones y los sindicatos? No; cuando se escuchó la voz del viejecito de Roma hablando de justicia social, quedaron rotas las ligaduras que podían contenernos, y aquel venerable ancianito al ver la lucha entablada que tomaba aspecto de cruel guerra, que ha seguido cada día con mayor encarnizamiento y que late en los corazones, aunque en algunos momentos no salga a la superficie, con el celo del pastor que no puede permitir ningún daño para sus ovejas, recomienda cada vez con más insistencia la formación de asociaciones obreras.

¿Y es que todo esto es avanzado? ¿Pero es que puede haber en 1925 otra derecha que la de ir sin dilaciones al reconocimiento del salario familiar, a la implantación del sistema de participación en los beneficios; pero es que en el año 1925 es avanzado pedir la expropiación de la propiedad que sin producir tenga el poderoso, para su satisfacción y recreo, y es avanzado pedir que se reparta entre los menesterosos? Yo no sé, ni me interesa saber si esto es o no derecha, pero sé que es legítimo, que es justo y que es cristiano, y me lo confirmó el Arzobispo de Toledo, al decir que «el valor del trabajo no puede ser desconocido por la sociedad, y debe ser compensado por una equitativa participación en los bienes públicos, por la satisfacción del derecho que tiene el trabajador a conseguir los fines de la sociedad civil, o sea la vida tranquila y perfecta que nace de la posesión de un conjunto de bienes materiales y espirituales que aisladamente el hombre no podría conseguir; y todo esto con la debida orientación a una posible igualdad dentro de las sociedades democráticas. Este bienestar del obrero lo reclama el bien público»... (1).

Cuando leo esto no concibo cómo la Democracia cristiana no constituye en España un partido potente y vigoroso, no concibo cómo los hombres que se dedican al proselitismo de la acción social católica no hacen una intensa propaganda y una labor de conjunto

1 Pastoral *Justicia y Caridad*, del Cardenal Guisasola.

para formar este gran partido, y aún es mayor mi asombro cuando buceé en el notable documento del Cardenal Guisasola, en su sabia Pastoral y leo refiriéndose al capitalismo: «Combátase, pues, si se quiere, el régimen capitalista de la explotación de un negocio o de una industria, pero reconózcase que, una vez establecido este régimen, en cuanto reconoce un valor en los productos que en parte debe acrecer al capital, es legítimo. Hemos dicho *en parte* porque no nos parece equitativo, ni prudente, ni útil para los intereses de la sociedad que el capital se atribuya todo el *sobrevalor* que tenga un producto, deducidos los costes del salario justo y algún otro gasto posible en la producción; mucho menos cuando aquél, como sucede ahora con frecuencia, apenas llena las exigencias de la estricta justicia, formándose rápidamente ese abuso del capital que se llama *capitalismo* y que la Iglesia condena y reprueba con la mayor severidad.»

¿Habéis oído bien? Pues después de esto ya no puede extrañar a nadie oír decir que *el eje de la economía ha pasado al trabajo y que el trabajo ha de ocupar el primer lugar*; lo que sí extraña es que haya acaudalados, poderosos y capitalistas que no se den cuenta de que no puede haber actualmente otra derecha que la que lleve estas orientaciones sociales; lo que sí extraña es que haya clases directoras que se pasen la vida clamando contra los desafueros, contra las celadas de la democracia social y contra sus hombres y no vean claro que es forzoso ya dejarse de lamentaciones y de frases huecas y retumbantes y que lo cristiano, lo lógico, lo humano, es colocarse en un terreno de justicia en que se dé satisfacción a las reivindicaciones legítimas de los que trabajan; lo que sí es extraño es que los grandes propietarios y poderosos no se den cuenta de que, permitid lo vulgar de la expresión, *lo que no den por las buenas se lo arrancarán por las malas*, que las aspiraciones y reivindicaciones de las muchedumbres trabajadoras que no quieren reconocer, que las peticiones justas que no quieren atender cuando con paz son solicitadas y cuando pueden hacerse sin luchas, sin guerras, sin batallas, que dejen después los ánimos enconados con vencedores y vencidos, tienen que ser más tarde atendidas al sople de la revolución.

Cuando tomaba notas para estas conferencias aparecieron en la Prensa, en el diario *El Sol*, unos artículos del ilustre exministro

que antes hemos citado, señor Ossorio y Gallardo, y en uno de ellos decía lo siguiente:

«En definitiva, el avance que la revolución consolida y estabiliza—un avance hay siempre—es menos, mucho menos, de lo que hubiera podido lograrse en paz, si los gobernantes anteriores a la revolución hubiesen sido más comprensivos, generosos y acogedores.

»Mil veces se ha dicho que lo que, en resumen, quedó como «mejoramiento humano después de la Revolución francesa fué lo mismo o menos de lo que tardíamente estaba dispuesto a otorgar Luis XVI.

»Ahora mismo estamos asistiendo a la rectificación del comunismo ruso, rendido ante mil evidencias que se empeñó en desconocer. Ciertamente que a la hora de liquidar cuentas dejará elevado el nivel del pueblo; pero esa elevación hubiera sido la misma sin los horrores y vergüenzas del salvajismo soviético, si la Corte y la burocracia de los zares hubieran sido capaces de concebir un ideal de liberación y de justicia para la masa popular.

»Nuestra chiquitita y blanda revolución de 1868 dejó, luego de perturbaciones y trastornos inolvidables, unas cuantas conquistas legislativas. Mas ¿no hubiera sido facilísimo lograr las mismas ventajas sin pasar por la República, por la Monarquía extranjera, por los Gobiernos provisionales, por la cantonal, por tantos fracasos y tantas desilusiones, sólo con que Isabel II, sus camarillas y sus Ministerios hubiesen sido... distintos de lo que fueron?

»Rememorando tan copiosos y unánimes ejemplos históricos, los conservadores que apetecen una revolución, debieran pararse a considerar si cabe evitarla hoy con evoluciones discretas para no tener que rectificarla mañana con retrocesos sanguinarios.»

Continuemos; todo esto es lo que extraña, y lo que a mí me extraña más es que esos poderosos sigan con los oídos tapados y no hayan escuchado que «muchos se contentan con acusar a los pobres de falta de resignación cristiana y tranquilizan su conciencia diciendo que todas las riquezas no bastarían ordenar las immoderadas ambiciones del pueblo; pero mejor sería atender que no son precisamente los ricos los que deben predicar la resignación, porque apelar a la Religión en los demás para conseguir de ellos ventajas o evitarse sacrificios, no es usar bien de la Religión, y aun siendo el llamamiento desinteresado, si no va precedido o

acompañado del ejemplo, suele ser estéril» (1), sí, y me extraña aún más que después de aquellas imperativas palabras de León XIII, pronunciadas por el Papa de los obreros, cuando «avivándose al soplo poderoso de las palabras pontificias las discusiones y proposiciones sobre la redención del pueblo, en lo mejor y más encendido del estruendoso debate, oyéronse voces de cobardía en unos y de suspicacia en otros; los cuales, disimulando ciertos vicios de la presente economía, tan funestos para el pueblo, pretendían detener o coartar los vuelos de la discusión, afirmando que ésta no debía llegar, en su crítica justiciera, hasta los mismos fundamentos de la constitución de la actual economía, ni hablar de defensa de los débiles contra los fuertes (2); dice y repite a los católicos: *id, id al pueblo*; señores, lo que me produce, más que extrañeza, asombro, es que no hayamos ya ido a buscar al pueblo todos los que entendemos que únicamente una derecha así puede establecer la paz y el amor, la justicia social y la caridad cristiana, si, hay que hablar al pueblo, hay que buscar al pueblo, y hay que buscarle sin sublevarle, pero, escúchenlo bien algunos, sin someterle, alistando a los trabajadores en esta gran democracia, de verdadera justicia social y de verdadera caridad cristiana.

Ya sé que mi pobre voz no será escuchada, y ¿cómo voy a suponer que lo ha de ser, cuando tantas autorizadas no lo han sido? Pero yo hago un llamamiento al grupo de esos hombres, de esos grandes sociólogos de la Democracia cristiana, yo hago un llamamiento a los grandes hombres, y a las ilustres personas que por su autoridad, por su historia, por su ciencia, por su prestigio, por su honradez, pueden y *deben*, agregaría si me perdonasen la expresión, ponerse al frente de una organización de conjunto, dirigirnos, enseñarnos, ilustrarnos, alentarnos, porque lo reclaman, como dice Toniolo, los valientes soldados animados de viva fe, y prontos y constantes en la lucha, los que si ven en sus capitanes *apatía indigna, retraimiento cobarde y excusas vanas, perderán la confianza, quebrantarán la disciplina y perderán la fe en la grandeza de la causa*, yo hago un llamamiento a todos los hombres que trabajan en este terreno de acción social católica, y les digo si no es llegado el momento de reunir todas las fuerzas, y de formar un gran partido

(1) Pastoral *Justicia y Caridad*.—Cardenal Guisasola.

(2) *Orientaciones y conceptos sociales*.—Toniolo.

social católico, que con un programa, como el expresado, labore por el pueblo y se ocupe de los demás problemas sociales, no por olvidados, acaso por lo endémicos, menos importantes como la vivienda, pues reclama asistencia ver cómo el obrero habita sótanos y covachuelas que le desvían del hogar y de la vida de familia, de las subsistencias, de los impuestos excesivos y onerosos, del ahorro y reforma del servicio militar, de la mutualidad, del cooperativismo y de tantos y tantos problemas sociales, alguno de los cuales yo no puedo hacer más que esbozar, y deciros si no es de urgencia salir al paso de la prostitución que pulula por las grandes y las pequeñas urbes, atacando su raíz y ver si no tiene su origen en la conducta del desaprensivo conquistador que abusa de la doncella para entregarla después al prostíbulo y sus frutos a la inclusa, y si ese origen y esa fuente no reclaman medidas de gobierno y leyes que a lo menos determinen que el autor responda de la paternidad de su obra; y vosotros, los poderosos, los acaudalados, los que representáis la dirección pública de la ciencia, de los negocios, de la riqueza, examinad vuestra conciencia, mirad que millones y millones de hombres claman por la justicia social, y sus voces tienen dejos de amargura y de dolor, mirad que ya no hay que hacerse ilusiones, que una voz atronadora, inmensa, que repercute en todos los ámbitos del mundo, se levanta amenazadora y pide justicia social, y los que miráis con recelo la Acción social católica y la Democracia cristiana no temáis, escuchad, la transformación social más profunda que reseña la historia de la humanidad, fué la abolición de la esclavitud, de aquel cúmulo de ignominias de las clases poderosas de la Roma pagana y aquella abolición la llevó a cabo el catolicismo, *sin arrancar una palabra de odio, sin derramar una gota de sangre, sin ejercer la menor violencia*; no temáis, que nosotros no pretendemos *rebajar a los grandes para que lleguen a su altura los pequeños, sino levantar a los pequeños a la altura de los grandes*; pensad todos que la sociedad se resiente y amenaza venirse abajo con estrépito y que es preciso hacer que abran los ojos los que no ven el abismo a sus pies, aunque me imagino que no los van a abrir hasta que todo se derrumbe.

Yo no he de terminar sin dar las gracias a vuestro excelentísimo Sr. Obispo por la distinción de que nos ha hecho objeto asistiendo a la inauguración de estas conferencias, a la prensa local,

que ha tenido para mi pobre persona y para mi humilde trabajo elogios excesivos y a mi juicio inmerecidos, a la Comisión de la Federación Agraria, que me ha elegido a mí con notable desacierto para dirigiros la palabra y a todos por fin por las atenciones que me habéis dispensado, pero muy especialmente a vosotras, mujeres españolas, mujeres cristianas, por vuestra asistencia, por vuestro entusiasmo, por vuestra paciencia imponiéndoos el sacrificio de escuchar estas conferencias tan mal pergeñadas.

Pero a vosotras os he dejado para el último lugar, aunque no ignoro que debiera ser el primero, de propio intento, porque no sólo tengo que daros las gracias, tengo que hacer os un llamamiento. Vosotras que sois las que sostenéis con toda energía y valor el vigor de las tradiciones cristianas, vosotras tenéis en estos días oscuros y tenebrosos una misión providencial, la misión de sembrar esa semilla de amor de que tan necesitada está la sociedad; vosotras que por vuestra constitución, por vuestro temperamento, por vuestro corazón, sois tan inclinadas al amor al desvalido, al amor al pobre, al amor a los niños, vosotras, a quienes el amor de vuestros hijos, de vuestros padres, de vuestros esposos, os lleva a realizar los actos más heroicos, más abnegados, más sublimes; vosotras, en las que forma hermoso contraste el amor con la entereza, porque no en vano sois compatriotas de aquella gran reina que se llamó Isabel la Católica, que al ver muerto a su hijo D. Juan, a los veintidós años, exclama con un valor mezcla de resignación y heroísmo, propio solo de las mujeres españolas, porque solo en ellas hubo Agustina de Aragón: *Dios me lo dió Dios me lo quita, ¡bendito sea Dios!* Vosotras, mujeres españolas, tenéis asignado en esta cruzada el puesto más hermoso, el de hacer que se reemplace el odio por el amor, la lucha por la paz, la obscuridad por la luz, la tempestad por la calma, abriendo así las compuertas para que entren las aguas y se produzca una inundación de amor y de caridad.

Ahora, señores, hemos terminado; pero yo os confesaré que una de mis mayores preocupaciones consistía en encontrar palabras apropiadas para terminar estas conferencias. Yo sé que el libro es pobre, como mío, pero tengo el orgullo de deciros que el broche con que lo vamos a cerrar es de inestimable valor, porque las palabras que os diré son del divino maestro: *Amémonos los unos a los otros.*—HE DICHO.

JUICIOS DE LA PRENSA

De *El Pensamiento Astorgano*:

«El señor Martínez Collantes se levanta a hablar y empieza exponiendo los temas de sus conferencias, los cuales resume en uno sólo con el siguiente enunciado: «Materialismo y espiritualismo o las dos democracias». Va a desarrollar en la primera el de «Materialismo triunfante y espiritualismo decadente», dejando para la segunda y tercera, respectivamente, los siguientes: «El Socialismo con el Materialismo histórico y la teoría del «Plus valor» y «La Acción católica con la Democracia Cristiana» para terminar en la cuarta con un resumen de toda la labor, a fin de ver tras de la exposición de las doctrinas indicadas, a cuál de los dos grandes bandos hemos de acogernos; porque no es conveniente ni razonable —dice el orador—permanecer neutrales ni inactivos ante un problema que interesa enormemente a los hombres más sabios y a los intelectuales todos. Entra el orador a tratar el tema de su primera conferencia y dice que considera necesario para el fin que se propone, hacer un estudio del hombre en sus diversas manifestaciones de intelectualidad, actividad y autoridad y considera la manifestación de la intelectualidad humana a la luz de la historia de la filosofía, haciendo desfilar desde la filosofía india hasta la filosofía escolástica, terminando con estas palabras: «No nos entusiasmemos, porque la filosofía solo demuestra, según frase del gran Balmes, un conocimiento científico de nuestra ignorancia». Pero permitidme, —continúa—que yo sí entone esos himnos porque también me dice el autor del «Criterio» que la filosofía no muere ni se debilita, antes al contrario se vivifica y fortalece cuando está a la sombra de la religión.

Pasa el conferenciante al estudio del hombre en su actividad y

tomando como punto de partida el hombre primitivo, pasando después a recorrer el pueblo chino, el indio, asirio, egipcio y griego nos habla de la época novísima con su extraordinario progreso material, «con Volta descubridor de la electricidad dinámica, con Lavoisier y Berzelius fundadores de la química, con Edison que nos da el alumbrado eléctrico y diferentes y maravillosas aplicaciones de la electricidad, con Nobel inventor de la dinamita, con la navegación aérea de Santos Dumont, Farman y Zepellin, con la navegación submarina de Peral y Goubet, con la vacuna antivariolosa, antitífica, los sueros y los rayos X para ver los huesos y los cuerpos opacos introducidos en el organismo y termina con un brillante párrafo que el auditorio aplaude frenéticamente.

Pasa a estudiar después al hombre en la manifestación de su autoridad y desde la dominación cartaginesa llega a la época contemporánea después de pasar por la edad antigua, media y moderna, acabando con un canto al ideal que fué el que presidio «todos los grandes momentos de nuestra gran historia», el ideal que lleva a un pueblo a sostener una lucha de seis años por defender su independencia, a reñir 500 combates y a tener tres millones de víctimas.

Cuesta trabajo imponer silencio, pues la salva de aplausos con que el público acoge las últimas palabras del orador se prolonga bastante tiempo.

Hecho ya el silencio, continúa el señor Martínez Collantes su notable discurso, y después de pasar ligeramente por la época contemporánea, pregunta: «Pero hemos llegado al siglo XX, y ¿qué herencia han legado los últimos años del siglo XIX a este en que nos corresponde vivir?». El orador nos presenta un siglo completamente materializado, en el que el materialismo—dice—ha triunfado con toda su corte y todo su séquito de goces y placeres, de lujos y de galas, de saraos y cabarets, de cortesanas y de meretrices, de claudicaciones y de cobardías, de frivolidades y afeminamientos, de chistes y de colmos, de intereses creados, terminemos, de todo lo que al cuerpo satisface, sin cuidarse para nada de los grandes ideales, que fueron los que presidieron todos los grandes momentos de nuestra gran historia, los grandes ideales de Dios, patria, amor, virtud, autoridad, familia, fraternidad por la que nos dábamos el nombre de hermanos.

No podemos seguir al señor Martínez Collantes en sus períodos brillantes y llenos de erudición.

El conferenciante da lectura a una cuartilla que contiene una hermosa página del notable libro del doctor Chillida, que habla de los ideales y que produce en el auditorio profunda sensación.

Por fin nos dice «vivimos en una sociedad para la que no existe otro valor que la materia, estamos ante una sociedad que no concede importancia a otro problema que al económico y que sólo entiende de pesar y medir, estamos ante el problema social, afrontémoslo resueltamente y con valor. Ante este estado se levantan dos fuerzas poderosas que dicen tener en su mano la solución del problema, dos bandos que se dicen poseedores de las medicinas que han de salvar a las sociedades, dos escuelas que con filosofía contraria, se llaman y se creen ser las que poseen el secreto de redención de las multitudes. Demos término a la primera conferencia y dejemos para la segunda el estudio de una de estas escuelas, de la socialista, que haremos discutiendo y razonando las ideas, ajenos a todo lo que signifique ni represente molestia para las personas.»

De La Luz de Astorga:

«En el estudio de la manifestación intelectual del hombre, hace desfilar ante el culto auditorio a los más notables filósofos de la antigüedad, dando principio en la filosofía de la India y terminando con la filosofía de Hobbes y de Kant, y diciendo, en elocuentes párrafos, que «no se pueden entonar himnos a la inteligencia, al entendimiento del hombre, porque Balmes nos sale al paso y nos dice que la filosofía y su historia engendran en el hombre una convicción absoluta de la escasez de nuestro saber, es un conocimiento científico de nuestra ignorancia»; termina el notable estudio de la intelectualidad del hombre con frases que no podemos retener, porque es imposible seguir al conferenciante en sus brillantes períodos llenos de erudición y expuestos con extraordinaria elocuencia.

Nos anuncia el erudito conferenciante que va a hacer el estudio del hombre en su actividad, y empieza diciendo: «Mirad cómo sondea las inmensidades del espacio, cómo sujeta a medida el

mundo microscópico y transforma la superficie del globo», y hace un examen minucioso de la actividad humana desde el hombre primitivo, y pasando después por los tiempos proto-históricos entra de lleno en los tiempos históricos, y presenta a sus oyentes el pueblo indio, al asirio, al fenicio, al egipcio y al griego, «que sirve de cuna a la poesía con Homero, su cantor, con Píndaro y Anacreonte; con sus geógrafos Anaximadro y Aristóteles, con Demóstenes, el orador más elocuente de la antigüedad, añadid los sabios de Grecia y agregad su arte arquitectónico con sus estilos dóricos, jónico, corintio, y se verá en el pueblo griego el más alto sentimiento de lo grande, de lo sublime y de lo bello, y por fin al pueblo árabe inventando el álgebra, y con su hermoso arte arábigo bizantino; termina el estudio del hombre en la manifestación de su actividad con brillante período que hace brotar estrepitosos aplausos y añade, que el secreto del poder del hombre, es el de la creación, el misterio de la participación del hombre en la Creación. (Se renuevan los aplausos).

Entra en el estudio del hombre, en su manifestación de autoridad y dando principio por la colonización feno helénica, pasando la dominación visigoda por la dominación romana, lleva al auditorio a encontrarse ante la España de la reconquista.

Covadonga, Las Navas de Tolosa, Granada, Fernando III el Santo, los reinados de Navarra y Aragón y el principado de Cataluña, son asuntos que toca el orador con supremo conocimiento de la historia, y termina después de pasar por la Edad Media y Moderna y después de dar una brillante nota de españolismo, con un canto al ideal que fué lo que movió siempre a los hombres para realizar las grandes conquistas que señala la historia.

El notable orador hace un examen de la época actual, en el que nos demuestra que el materialismo ha triunfado y que «la ineducación moderna ha arrancado de la tierra la flor más brillante, la de más cálidos perfumes, la de la caridad cristiana».

Ante este estado, fina el orador, se levantan dos fuerzas que dicen tener en sus manos la solución del problema, dos escuelas cuyo estudio va a constituir el tema de las dos conferencias sucesivas, una la escuela socialista, otra la escuela católica, en cuyo estudio ha de atenderse sólo al examen de las ideas, abandonando todo lo que signifique ni represente molestia para las personas.

El conferenciante.—De propósito hemos dejado para el final ocuparnos del orador, D. Luis Martínez Collantes.

Es inspector de ferrocarriles, de sólido prestigio, en la Compañía del Norte, tan estimado como respetado en toda ella, y fué discípulo de nuestro Prelado, cuando éste era Profesor del Seminario de Madrid.

Sin afectaciones, al contrario, modesto en la acción y sincero en el decir, se nos reveló como un patriota digno de loa y un pensador concienzudo.

El señor Martínez Collantes no es de los oradores que buscan los aplausos de la galería. Sin molestar a nadie, citando sólo hechos históricos, corre en busca del ideal desaparecido, lo que hizo grande a España y hoy no existe.

Lo que vale se deja entrever por el extracto del discurso transcrito, que recomendamos a nuestros lectores.

Habiendo accedido el señor Martínez Collantes a la invitación que le hiciera la Federación Católico Agraria para pronunciar en Astorga sus discursos, con preferencia a otra capital más importante, donde se pensaba, hoy que le hemos oído el primero, hemos de prodigarle con nuestra gratitud la más cordial y sincera felicitación.»

También se han ocupado de estas conferencias en términos que el autor estima y agradece profundamente, *El Faro Astorgano* y *El Diario de León*; viendonos privados de reproducir aquí, como con mucho gusto lo haríamos, sus manifestaciones, por hallarse ya en prensa esta edición en el momento en que los respectivos ejemplares de ambas publicaciones llegan a nuestro poder.

Fe de erratas

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
14	13	Verulane	Verulan
16	37	Menoro	Moreno
17	9	Secchi	Secchi
20	37	alcazaba	alcabala
22	26	pronuncian	pronuncia
23	22	morir	móvil
25	23	. Seguro	: seguro
25	28	mirada de águila	miradas de águila
25	30 y 32	cielo	Cielo
25	34	divinidad	Divinidad
28	29	elevarnos	elevarnos
30	33	propagan	propongan
32	21	para	por
32	28	dificulta	dificulta
33	33	lucha de clases	lucha de clases (véase <i>El Socialismo</i> , del P. Catrheim)
37	5	y	a
37	6	a	y
37	34	fijo y circulante	fijo y circulante y, según Marx, constante y variable
39	23	querían	quieran
40	2	prapaganda	propaganda
41	2	paternal	fraternal
46	36	¿natural?	natural
47	16	frente	fuerte
50	12	el	al
51	33	, conformes	. Conformes
58	12	derehos	derechos
60	9	estado antinatural	estado tan antinatural
60	11	Hobes	Hobbes
61	8	es de derecho	es derecho
61	9	Naturaleza	naturaleza



PRECIO: 3 PESETAS

